EL TEATRO MODERNO

1061

EL BANDIDO DE LA SIERRA

LUIS FERNANDEZ ARDAVIN

12

50 CENTIMOS

PRENSA MODERNA

EL TEATRO
MODERNO
AÑO II 14 AGOSTO 1926 NUM 40

L. Fernández Ardavín

EL BANDIDO DE LA SIERRA

DRAMA EN VERSO EN TRES ACTOS Y UN EPÍLOGO

ESTRENADO EN EL TEATRO DEL CENTRO, DE MADRID, EL 26 DE SEPTIEMBRE DE 1923.

PRENSA MODERNA
MADRID

EN EL PRÓXIMO NÚMERO

LA INTRUSA

POR

M. MAETERLINCK

PORTADA DE

LOYGORRI

CARICATURA DE

SIRIO

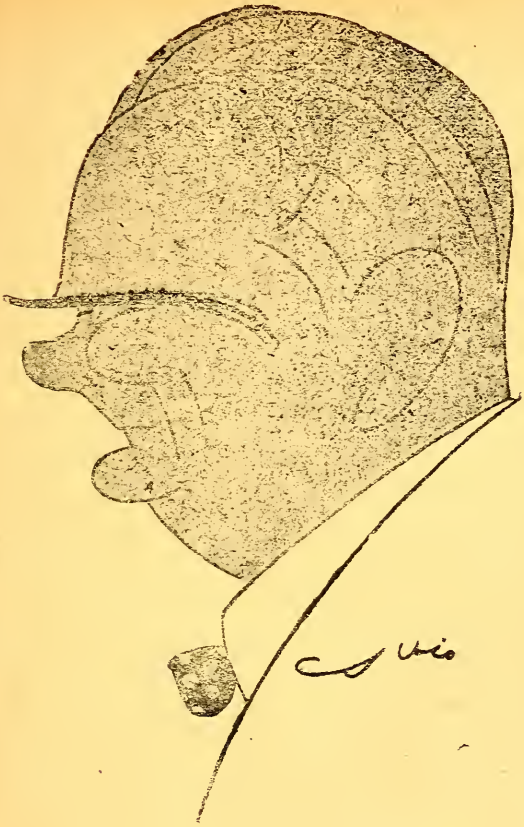
IMP. BÁEZ HERMANOS
PORTE 21 MADRID

A Enrique Borrás
Actor genial, gran corazón.

L. F. Ardavín

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/elbandidodelasie17912fern



ENRIQUE BORRÁS

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Paula	*Irene Barroso.*
Fuensanta	*Isabel Barrón.*
Andrea	*Adela Calderón.*
Justa	*Matilde Llopis.*
Salvador Peñalara, "el Bandido de la Sierra"	*Enrique Borrás.*
Hipólito Recio, ricacho y jaquetón	*Leovigildo Ruiz Tatay.*
Martinillo...	*José González Marín.*
Saturnino	
Trampolín, viejo tumbón	*Emilio Mesejo.*
Blas	*Juan López de Carrión.*
Juan...	*Francisco Urquijo.*
Damián	*José Tello.*
Un pastor	*Luis Barraycoa.*
Un labrador	*Mariano Alcón.*

Pastores, vaqueros, labriegos, aldeanos y aldeanas.

La acción, en cualquier serranía castellana. Epoca actual.

ACTO PRIMERO

Cocina en la casa de labor de Hipólito Recio. Puerta grande en el foro, que da al campo, y otras dos laterales. Gran campana de saliente humero; fogaril, trébedes, peroles y vasijas. Una cómoda con un espejo, e imágenes toscas bajo fanal. Todo el aposento limpio y en orden, de evidente acomodo y de cierta riqueza. En el fondo, zaguán, y en éste, un banco largo, de nogal macizo.

(Al levantarse el telón es media tarde. En escena, Paula, sentada ante una mesa, escribe en un libro viejo con pastas de hule. Andrea, peinándose ante el espejo. Justa, de pie ante la mesa, hablando con Paula. En el banco del zaguán, sentados, Labradores 1.°, 2.° y 3.°)

PAULA. *(A Justa.)*
¿Qué debes tú?
JUSTA. Catorce, más los réditos
PAULA. Veinte.
¿Y este mes, dejas...?
JUSTA. Nada, si el amo lo consiente.
Se me murió el asnillo, y el hijo se fué al Moro.
¡He perdido en un día mi vida y mi tesoro,
y no me queda más que enfermar de la pena!
PAULA. *(Conmovida.)*
¡Pobre mujer! Ahí tienes. Remédiate.
(Saca unas monedas de la faldriquera y se las da.)
JUSTA. *(Cogiéndolas.)*
¡Qué buena!
PAULA. Pero que no lo sepa el amo. Este dinero
no os lo presto: os lo doy. Es mi ahorro casero,
que os reservo a los pobres en esta faldri-
[quera.
JUSTA. ¡Mil gracias!
AND. No os podéis quejar de la usurera.

611822

JUSTA. *(A Paula.)*
¡La santa! En cuanto al amo, no lo sabrá ja-
[más.
PAULA. Me daría un disgusto. A ver, ¿hay alguien
[más?
JUSTA. Nadie. Todos cumplieron.
PAULA. Pues hasta el mes que viene.
LAB. 1.° *(Levantándose.)*
En que todos paguemos, porque a todos con-
[viene.
JUSTA. *(Idem.)*
¡Jesucristo la ampare!
LAB. 2.° *(Idem.)*
¡Y El haga su ventura!
(Vanse Justa y los dos Labradores. Paula cierra el libro con hastío.)
PAULA. ¡Por fin se han acabado las cuentas de la
[usura!
AND. ¿Te disgustan?
PAULA. Lo mismo que si hiciera un delito.
Y quisiera taparme la cara con las manos
para que no me vieran. ¡Este libro maldito
me parece un nidal de sierpes y gusanos!
No acierto cómo Hipólito puede vivir en calma
con el remordimiento de explotar la pobreza.
AND. Bien dices lo que dices.
PAULA. Pero eso pide un alma,
y él es sólo cabeza.
(Sale Hipólito. Al verle, Andrea recoge apresuradamente sus cabellos.)
HIPO. ¿Por qué decías eso? ¿Porque cuido la ha-
[cienda
con afán?
(Pausa. Sentándose.)
¿Liquidaron las cuentas atrasadas?
A ver quién ha pagado. Acércame la agenda.
(Paula le entrega el libro de las cuentas. Leyendo.)
¡Nadie! La misma historia de todas las me-
[sadas.
Habré de encomendarle a otro esta faena.

Llama a Satur. Que venga. Tengo que hablar
[con él.
(Vase Paula. Andrea se dispone a seguirla; pero Hipólito la detiene y le da un llaverito que saca del bolsillo. Andrea, contrariada, obedece.)
Tú, Andrea, no te vayas. Abre aquella alacena
y lleva estos papeles al segundo anaquel.
(Andrea recoge los papeles de la mesa y los guarda en una alacena que hay en el muro del foro. Mientras, Hipólito la mira codiciosamente y dice:)
¿Sabes que vas haciéndote muy mujer? Se
[adivina
lo que va estando lleno. ¡Y eres guapa de ve-
[ras!
(Andrea, con más disgusto cada vez, cierra la alacena y entrega las llaves a Hipólito, que, al cogerlas, la retiene a la fuerza por la mano.)

AND. Ya está. ¿Manda algo más?

HIPO. *(Reteniéndola.)*
Que te esperes, sobrina.

AND. *(Queriendo soltarse.)*
Es que tengo que hacer.

HIPO. *(Violento.)*
¡Te lo mando y esperas!

AND. Si es para festejarme, le ruego que me deje.

HIPO. ¿Tengo yo la culpa de que tú estés tan maja?
Ven acá. No me huyas. Deja que te festeje;
que de ello sacarás, si quieres, tu ventaja.

AND. *(Atemorizada.)*
¡Ni sé, ni quiero, tío! ¡Suélteme, que me asus-
[ta!

HIPO. Nunca miedo te di.

AND. Nunca me requebró.

HIPO. ¡Ni nunca te vi yo
tan seria y tan adusta!
(La suelta con enfado.)

AND. Porque viva en su casa de favor, no es cris-
[tiano

que, llevando igual sangre por las venas, me
[ofenda.

HIPO. ¿Y en qué te ofendo, prenda?
¿En que diga que tienes un cuerpo muy gitano
y unos labios más frescos que capullos de ro-
[sas?
¡Pues vete ya, y procura no ser tan zahareña,
que a ti te sobran dones para llegar a dueña
y a mí me gustan mucho las hembras orgu-
[llosas!

(Andrea vase por una puerta, y Paula vuelve por la otra.)

PAULA. Ya sabe que te gustan. Pero sabe quién eres
y no ha de hacerte caso.

HIPO. *(Sorprendido.)*
¿Escuchabas?

PAULA. Oía.
Mas, no me importa, Hipólito. En cosas de
[mujeres,
estoy hecha al escarnio de tu galantería.
Y no son celos, no; sabes que no te quiero.
¡Es pudor, es vergüenza! ¡Asco de lo que pa-
[sa!

HIPO. Siempre el mismo romance. ¡No parece, salero,
sino que no eres tú la reina de esta casa!

PAULA. ¿La reina? Sí; del llanto, del dolor, de la en-
[vidia
por las que son honradas, que si vine a tu lado
fué a dejar en las garras de tu negra perfidia
lo que yo más quería: lo que tú me has ro-
[bado.

HIPO. Y a tener abundancia de todo.

PAULA. ¡Bah! ¡Qué cosa!
¿A mí qué se me da del vivir material
si he perdido con él la virtud más preciosa
y estoy desde aquel día en pecado mortal?
¿A mí qué se me da de tu buen acomodo,
de tu fama de guapo jaquetón hacendado,
si no hallo más que ofensas y desprecios en
[todo,

ni encuentro alrededor un pensamiento hon-
[rado?
¿Si, inocente de mí, defendía en mi honor
lo que sólo se entrega delante de un altar,
y lo que tú, con eso a que llamáis amor,
ayudado por todos me lograste robar?
¿Si me has desamparado de lo que más quería,
y estoy ahora más pobre que cuando más lo
[era?
(Pausa. Hipólito calla.)
Pero dejemos esto, que es lo de cada día
y lo que ya no tiene remedio, aunque se quiera.
Ahí viene Saturnino.
(Entra Saturnino.)

SATUR. *(Desde la puerta.)*
¿Llamaba el amo?

HIPO. Sí.
Entra Satur. Tenemos que ajustar unas cuen-
[tas.
Y a punto: de las cuentas voy a encargarte
[a ti.
Desde hoy tú llevarás los préstamos y rentas.
Paula no apaña en ello.

SATUR. *(Socarrón y mordaz.)*
Se comprende no apañe.
Hay corazones blandos, y el suyo se derrama.
¡No es extraño que a un ángel cualesquiera
[le engañe!

HIPO. *(Molesto.)*
¡Basta! No necesito que disculpes al ama.
Obedecer te mando.

SATUR. *(Fingiendo humildad.)*
Y a ello acostumbro yo.

HIPO. Pues en paz. Ya lo sabes: la mano, rigurosa;
asegurar los réditos y prestar poca cosa.
¿Entendido?

SATUR. Entendido. ¿Puedo marcharme?

HIPO. No.
Manda que entren contigo todos los de la casa.
Quiero hablarlos a todos en presencia de ti.

SATUR. Voy por ellos.

HIPO. No tardes.
(Vase Saturnino.)
PAULA. ¿Tan grave es lo que pasa?
HIPO. Sí, tan grave; tan grave, que estoy fuera de mí.
PAULA. *(Con ironía.)*
¿Y cómo a las mujeres no has llamado? Quizá
ellas puedan sacarte del apuro que sea.
HIPO. No es cosa de mujeres.
PAULA. Y que más te valdrá
hablarles una a una y a solas, como a Andrea.
SATUR. *(Dentro.)*
¡Aquí todos los hombres! ¡Pastores y gañanes!
¡Los que llegan del campo; los que en la casa [están!
¡Yunteros, zagalones, vaqueros y guardianes!
¡Que el amo os llama a todos! ¡Muchachos, al [zaguán!
(En el zaguán del foro vanse congregando las gentes de la casa.)
PAULA. No vendrá Martinillo. Es quien primero sale
y el último cabrero que recoge el ganado.
HIPO. Mucho te cuidas de él.
PAULA. Por lo mucho que vale
y porque está lo mismo que yo, desamparado.
HIPO. Es tu mejor amigo.
PAULA. Y es tu mejor criado.
(Vuelve Saturnino.)
SATUR. Entrad. Martín no ha vuelto.
HIPO. Nada importa un zagal.
(Entran Blas, Juan, Damián, pastores, vaqueros y labriegos.)
SATUR. *(A los pastores.)*
Y a ver si estáis atentos, que os mira el ma- [yoral.
(Todos callan, rodeando a Hipólito a respetuosa distancia. Saturnino, vigilante, permanece entre el grupo y el amo. Paula, curiosa, pero aparte, como queriendo soslayar su presencia.)
HIPO. Cuando se es todo un hombre de verdad,
que ni huye a nadie ni le teme a nada,

ni al cuchillo afilado ni a la sangre encarnada,
ni a la centella de la tempestad;
cuando nada a su paso se le opone,
hombre o cosa, mujer, fiera o venado,
hogar honesto ni lugar sagrado,
para hacer, como sea, lo que hacer se pro-
[pone;
cuando se es todo un hombre, como yo,
y existe algún agravio que vengar,
o hay que dar escarmiento a quien osó
la voz siquiera levantar,
se busca al atrevido y, frente a frente,
como riñen los hombres que lo son,
se deja uno matar por el valiente
o se clava el cuchillo al fanfarrón.

SATUR. Que es lo que hace cualquiera
que encuentre la ocasión.

HIPO. *(Iracundo.)*
¿Y dije yo, quizá, que no lo hiciera?
(Pausa. Saturnino calla.)
Pues te pudiste ahorrar la aclaración.
(Al grupo.)
Pero si por la espalda nos atacan
de improviso, lo mismo que pica el alacrán
o las oscuras víboras que están
en los terrones que al cavar se sacan;
pero si viven en la sombra oscura
de la noche, cual viven los cárabos rapaces,
y no es posible dar con los audaces
por más que se revuelva la espesura;
si buscan todo eso
para hacernos el daño que desean,
fuerza es pensar que los que atacan sean
más que hombres como yo—de carne y hueso,
que al más valiente sin temor emplaza—,
fantasmas o quimeras,
a los que es imposible darles caza
si no es como a las fieras,
los jabatos y espines:
¡con trampas y con cepos en todos los rincones;
soltando los mastines,

y metiendo en las bocas los hurones!

BLAS. Tal que al lobo rabioso, cuando no
hay quien le pueda agarrotar el cuello.

DAM. ¡Con palos y con piedras!

HIPO. Pues eso quiero yo.
Y vosotros me vais a acompañar en ello.
¡Vosotros sois mis perros, mis cepos, mis ba-
[ilestas!
¡Mis astutos hurones, mis raudos perdigueros!
¡Ni en las más altas crestas,
ni en los más arriesgados ventisqueros
ha de quedar un matorral siquiera,
un cancho, una guarida,
que no me registréis en la batida
hasta dar con el hombre o con la fiera!
(Transición.)
Porque todos sabéis que, desde mayo,
se ha cernido la negra en esta casa,
y como espiga a que se quiebra el tallo,
se viene al suelo y sin granar se pasa.
Siempre tuve repletas mis paneras;
rebosando, hasta el techo, mis pajares;
y tanta mies amontoné en las eras,
que eran pocas las trojes de mis lares.
Mi bodega era fama en el contorno;
sus tinajones, lo mejor que había;
montes de leña consumía el horno,
y de trigo, el molino los molía.
Famosa por la Sierra mi torada
de bravas reses de afilados cuernos,
cada vaca paría en la otoñada
dos temblorosos recentales tiernos.
Orgullo de mi establo y mi dehesa,
se llenaban cien cántaros al día
de una leche tan blanca y tan espesa,
que la espuma colgaba y no caía.
Y si mi seto recorrer quería
siguiendo su tapial, legua tras legua,
echaba en recorrerlo todo un día
al trote de andadura en una yegua.
Pero ha empezado a desmedrarse todo

porque algo está minando mi grandeza,
y lo que era regalo y acomodo,
de así seguir, acabará en pobreza.
Y como yo no creo en brujerías,
pues tengo ilustración y soy leído,
pienso y cavilo que en las cosas mías
alguna malquerencia se ha metido.
Alguien que gusta de tirar la piedra
y la mano esconder con que tiró.
Pero nada me arredra;
que, cuando se es un hombre, como yo,
se da al fin con la mano del que ha sido,
y con ésta que a un oso estrangulara,
se trituran los dedos del bandido
como huesos de oliva en almazara!
(Transición.)
A ver, uno cualquiera.
Tú, Blas. Dí, ¿no sospechas de quién fuera
quien te robó las reses en el puerto?

BLAS. Si una sospecha nada más tuviera,
tenga el amo por cierto
que al ladrón le trajera, vivo o muerto.
Mas debió ser valiente el forajido;
pues tuvo que meterse en el cercado,
y, para no hacer ruido,
echando a tierra pie, la jaca al lado,
sin defensa a los toros arrimarse,
quitarles las cencerras
y apartar uno a uno, hasta llevarse
los mejores novillos y becerras.
Tan sólo yo sentí, remotamente,
el correr de las reses acosadas
cuando era tarde. Desperté a la gente,
recorrimos hondones y cañadas
a galope tendido,
y todo inútil fué. De las reses robadas
no se ha encontrado huella en el partido.

HIPO. ¿Y Juan? *(A Juan.)* Tú, por lo menos, pensarás
quién del molino destrozó la rueda.

JUAN. Yo digo, señor amo, lo que Blas:

que ni el consuelo de saberlo queda.
La rueda de la aceña se movía
en la presa del río tan ligera,
que entre sus aspas, espumosa y fiera,
casi no entraba el agua y ya salía.
¡Daba gloria de ver tan laboriosa
girar su maquinaria guapamente
como al sonar del tamboril batiente
danza en el corro la zagala airosa!
La muela se movía perezosa;
el grano iba cayendo lentamente,
y, lo mismo que el chorro de una fuente,
la harina iba a verter sobre la losa.
Hasta que un día apareció la aceña
toda deshecha, inmóvil y callada,
y de la guapa máquina risueña
sólo encontramos la armazón pelada.
Quien logró un artificio deshacer
que costó tanto tiempo y tanto afán,
más forzudo y más bravo debe ser
que San Cristobalón
o que el mismo San Jorge y su dragón.

HIPO. Más bravo que vosotros, dices bien.
(A Saturnino.)
¡Buena gente nos guarda, Saturnino!
(A Damián.)
Y tú, Damián, ¿tampoco sabes quién
prendió fuego al pinar de Cerroespino?

DAM. Yo nada sé, señor. Noche cerrada
era cuando en el medio del pinar
hube de despertar
por el humazo y por la lumbrarada.
Y creí no contarlo. Tal ardían
en mi redor los pinos incendiados,
que, cual hierros al horno, enrojecían
y de repente, tras crujir, caían
como a golpes de un hacha cercenados.
Gemían, retorciéndose, las ramas;
asfixiaba del humo la neblina,
y entre penachos de gigantes llamas
y rescoldos de hierbas y retamas,

chorreaba hecha caldo la resina.
Todo el pinar en torno era una hoguera,
y el viento la avivaba de tal modo,
con ruido tal y confusión tan fiera,
que antes de que en Oriente amaneciera
no era más que ceniza el bosque todo.
Si lo incendió la yesca de un mortal,
o la chispa casual de un fogaril,
sépalo Dios.

HIPO. Pero nos es igual:
¡no ha quedado del monte un estadal!
(A los pastores.)
Y vosotros, pastores del redil,
¿disteis con quien llevóse los corderos?
¿Fué el lobo?

PAS. 1.° ¿Quién si no?

HIPO. ¿Pues y los fieros
mastines que teníais en el hato?
¿Y las recias carlancas de sus cuellos?
¿Qué fué de "Dienteagudo" y el "Regato",
que no se ha vuelto a tropezar con ellos?
¿Pensáis que al estiaje promediado
va a descender el lobo a la majada?
¿Y cómo, si bajó, no os ha dejado
res muerta, malherida o devorada?
(Silencio entre los pastores. Pausa. Dejando caer las palabras solemnemente.)
¿No habéis oído hablar entre las gentes
de un bandolero que el partido aterra?
(Otra pausa. Silencio general.)
Ya veo que calláis, como prudentes.
¿Qué sabéis del Bandido de la Sierra?

PAULA. *(Aparte.)*
¡Un bandido!

BLAS. Será el de Peñalara.

JUAN. El que dicen que asalta a los arrieros.

DAM. El que roba las mozas.

PAS. 1.° El que para
de las montañas entre los riscos fieros.

HIPO. ¡Peñalara será! Pues al acoso
del bravucón saldremos; porque quiero,

aunque tenga la astucia del raposo,
esta noche dar caza al bandolero.
Que os dé la cena Andrea, y, en cenando,
todos en marcha. Cada cual que tome
escopeta y caballo. Conque, andando,
que hay que salir cuando la luna asome
Y el que no tenga arranque, que lo diga.
No necesito yo de más chivatos
que los que hay en las redes de mis hatos.
¡Pero el que bien me quiera, que me siga!
(A tiempo que entra Martinillo, vanse Juan, Blas, Damián y los pastores. Ha oscurecido.)

PAULA. Ahí llega Martinillo.

HIPO. Y tú, cabrero,
ya debías estar bajo techado.
No son horas de andar con el ganado
cuando no se vislumbra ni un lucero.

MARTI. Me lo perdone el amo; pero vi
algo de tal fortuna y alegría,
que ni cuenta me di
de que cerraba el día.
¡He encontrado a "Regato" y "Dienteagudo",
los mastines del hato!

PAULA. ¿Cuándo? ¿Dónde?

SATUR. ¿Quién, siendo como son, robarles pudo?

MARTI. Sólo puedo decir quién los esconde.

HIPO. Pues habla ya, pero de prisa y rudo.
(Martinillo recita con singular complacencia. Paula, Hipólito y Saturnino le escuchan atentamente.)

MARTI. Estando de pastoreo
por el monte, con las cabras,
al llegar la mediodía,
cuando el sol era una brasa,
detrás de unos matorrales
sentí moverse unas zarzas
y de dos fieros mastines
los ladridos y pisadas.
Ya silbaba mi rebaño
y mi honda preparaba,
cuando vi que, retozones,

me salían de una jara,
y entre saltos y alegrías
se tendían a mis plantas.
Primero me dieron susto;
luego, alegría me daban;
pues no eran otros los perros
—uno blanco, el otro a manchas—
que "Regato" y "Dienteagudo",
los mejores de la casa.

PAULA. Mis mastines favoritos,
¿dónde están?

HIPO. Cállate, Paula.

SATUR. De los perros de ganado
ninguno los aventaja.

MARTI. Tienen de lobo el colmillo
y de oveja la mirada;
erizado el pelo tienen
más que su aguda carlanca;
si ladran a media noche,
estremecen la majada;
si buscan entre los brezos,
queda temblando la jara;
si ronchan el hueso mondo,
cruje su recia quijada,
y si salen al camino
por el hueco de una barda,
al mirarlos, causan susto,
mas, luego, alegría causan,
¡que de lobo es su colmillo
y de oveja es su mirada!

HIPO. No hables más de los mastines,
y en el punto que quedaba,
sigue la historia, zagal.

PAULA. Síguela, que nos agrada.

MARTI. Como amigos que se encuentran
cuando menos lo pensaran,
levantándose de manos
uno al pecho, otro a la espalda,
en los hombros me pusieron,
abrazándome, las patas,
y después, como diciéndome

que siguiese sus pisadas,
alejándose volvían
y volviendo se marchaban.
Para dar con su escondite
y saber quién los guardaba,
detrás de los dos mastines
puse mi rebaño en marcha.
Echaron riscos arriba,
escalando la montaña
y subiendo sin parar
ya iba la tarde mediada,
cuando al ganar un collado,
del pinar en una clara,
hallé lo que ver quería:
un hombre y una cabaña.
(El grupo se ha interesado vivamente e Hipólito no deja respiro al narrador.)

HIPO. No te pares, Martinillo,
que me interesa la fábula.

MARTI. La cabaña era de helechos
y de cantos y retamas,
como un seto, en derredor,
de majuelos y de zarzas.
Un mozarrón era el hombre,
más firme que una montaña,
más plantado que un novillo
y más ágil que una jaca.
Zajones de pastor lleva;
de buen caballista, calza;
honda vaquera en el cinto,
y por cinto, la canana;
y es tan noble su presencia
y es tan noble su mirada,
que si al pronto causa susto,
después alegría causa.

PAULA. Pues atrayente es el hombre.

HIPO. Prosigue, que estoy en brasas.

SATUR. Veremos en qué termina
lo que de la historia falta.

MARTI. Al verme el hombre llegar
con los perros a la zaga,

y al ver que me conocían
por lo que me festejaban,
me hizo pasar al cercado,
silbó, conmigo, a las cabras,
y me preguntó quién era
y si servía, en qué casa.

HIPO. ¿Y tú se lo respondiste?

MARTI. Pues ¿qué hacer, ni en qué pecara?
Le dije el nombre del amo;
sonrió de buena gana;
me dió un cacho de pernil,
vino añejo en alcarraza,
me llenó luego el zurrón
de moras y de manzanas,
y dióme este caramillo,
que él compuso de unas cañas.
(Muestra un caramillo rústico. Hipólito, impaciente, le replica.)

HIPO. Y tú, ¿no le preguntaste
también cómo se llamaba?

MARTI. Le pregunté, como él,
si era pastor, de qué casa;
y mirándome a los ojos
por llegarme bien al alma,
me dijo que "los rebaños
del pobre pastoreaba".
Yo no alcanzo lo que quiso
decir con estas palabras.
Mas que me las dijo sé
con manera tan extraña,
que tuve miedo un momento,
no fuese que me hechizara
como hechizados tenía
los dos mastines de casa.

PAULA. ¿Y qué más? Cuéntalo todo.

HIPO Para mi provecho, basta.

MARTI. Que con él y con los perros
en la cerca y la cabaña
hay un viejo perezoso
y una moza muy zagala,
más lucida que la aurora

y más repulida y maja
que un pitiminí de mayo
o una mariposa blanca.
Esto es todo lo que he visto
allá arriba, en la montaña.
Perdone el amo, por ello,
si fué mucha la tardanza.
Quise bajarme los perros;
no dejó que los bajara;
mas, si el amo da licencia
y quiere que se los traiga,
en cuanto el alba despunte
subiré hasta la montaña;
que el hombre de los zajones
y la honda y la canana,
cual "Regato" y "Dienteagudo",
tiene noble la mirada,
y si al pronto causa susto,
después alegría causa.

HIPO. *(Muy contento.)*
Sí subirás, Martinillo,
y antes de que apunte el alba.

MARTI. ¡Mucho me place!

HIPO. Esta noche
has de subir. No se aguarda,
cuando traen prisa las cosas,
a que llegue la mañana.
Vé a cenar con los pastores
y toma este duro.

MARTI. *(Con gran júbilo.)*
¡Gracias!
(Hipólito da la moneda a Martinillo. Este la coge tan contento como extrañado y le pregunta, aparte, a Saturnino:)
Dí, ¿qué fortuna o qué suerte
traje al amo, que así paga?

SATUR. Cuando el amo te da un duro
le habrás llenado las arcas.
(Vase Martinillo, gozoso.)

HIPO. Satur: el cielo me ayuda.
Vé a disponer lo que falta;

las mejores escopetas
y lo mejor de la cuadra.
A las diez, todos aquí.

SATUR. Se hará como el amo manda.
(Vase Saturnino. Hipólito coge el sombrero y se dispone a salir.)

PAULA. ¿No cenas?

HIPO. Voy hasta el pueblo.

PAULA. ¿Y tan larga caminata
harás sin probar bocado?

HIPO. No apetece. ¡Cierto, Paula!
Martinillo es un criado
de los que honran a la casa.
¡Cuanto más chico el hurón
resulta de mejor casta!
(Vase Hipólito y sale Andrea, que durante toda la escena que sigue se afana cuidando y disponiendo la comida de rabadanes y pastores. Paula, a su labor.)

AND. Gracias a Dios que se fué.

PAULA. ¿Te enoja?

AND. Me da tal miedo
que si me mira no puedo
remediar un no sé qué.

PAULA. Pues guárdate bien, no sea
que lo que empieza por susto
vaya mudándose en gusto
de que te corteje, Andrea.
Yo igual que tú le temía;
pero él, solapadamente,
como al cimbel la serpiente,
poco a poco me atraía.

AND. Soy honrada.

PAULA. Eso no basta;
que hay hombres tan decididos
que aun por ella aborrecidos,
hacen suya a la más casta.
Yo era honrada, y me rindió.

AND. No por gusto.

PAULA. No lo sé.
Tú sientes un no sé qué

y yo sentí un qué sé yo.
AND. Mas ¿le quisiste?
PAULA. Jamás.
AND. Pero ¿le aborreces?
PAULA. Sí.
Por eso te digo a ti
que mires adónde vas.
Tú, en mí, tienes quien te advierta;
yo a nadie, en cambio, tenía.
AND. ¿No te defendió la tía
contra él?
PAULA. ¡Si estaba muerta
desde hacía más de un año!
Se casó enferma, y su suerte
fué que viniera la muerte
antes que su desengaño.
AND. ¿Sufrió mucho?
PAULA. No por él;
la quería de verdad.
Sufrió por la adversidad
de su destino cruel.
Tuvo una niña más bella
que luna en noche de enero,
y más blanca que un nevero
o que la luz de una estrella;
y era ya taimente un cromo,
cuando un ave de rapiña
arrebató aquella niña
sin que se supiera cómo.
Si fué rapiña o ladrón,
o bruja o titiritero,
por más que se dió dinero
y se hizo averiguación,
jamás se volvió a saber
de la tierna criatura.
¡Juzga si fué desventura
para la pobre mujer!
Por eso te prohijaron;
eres de la misma edad
que la niña, y tu orfandad
para consuelo tomaron.

Aunque todo inútil era,
pues se iba extinguiendo el ama,
hasta que apagó su llama
un soplo de primavera.
Yo, entonces, ya los servía.
Satur me hacía el amor,
y yo, alegre y con mi honor,
también a Satur quería.
¡Quién, por entonces, dijera
que iba a trastornarse todo,
a mudarse de este modo
y a cambiar de esta manera!

AND. *(Asombrada.)*
¿Satur te quería?

PAULA. Sí.

AND. ¿Y no mató al tío?

PAULA. No.

AND. ¿Qué hizo al saberlo?

PAULA. Calló;
por eso le aborrecí.
Y tal fué su cobardía
que se tornó, de repente,
en guardián y confidente
del que fué rival un día.
Ya ves si tengo razón
para decir que te guardes
y que no hay más que cobardes
acechando la ocasión.
A tiempo te sale al paso
el ejemplo de mis males;
no pueden ser más iguales
que son tu caso y mi caso:
tú quieres a Martinillo
y el amo te quiere a ti.
¡Márchate, que estás aquí
entre el yunque y el martillo!
Deja esta casa. Procura
hallar un buen acomodo,
y aunque carezcas de todo,
serás rica, siendo pura.

AND. *(Con desaliento.)*

¡Martinillo no me quiere
ni me seguirá!

PAULA. ¿El qué sabe,
si todavía es un ave
que no alzó el vuelo?

AND. Prefiere
a hablar de amor embebidos
cual los novios acostumbran,
ir por nidos.

PAULA. ¡Le deslumbran
los colores y los ruidos!

AND. Y hablando de él, ¿no habrá daño
en que suba a la montaña
de guía?

PAULA. ¡Si le acompaña
de escopetas un rebaño!
No temas por el cabrero.

AND. ¡Dios le proteja!

PAULA. Saldrán
con bien todos los que van.
Tan sólo ese aventurero
que a los ricachos aterra,
de escapar no hallará el modo.
¡Ay, si prendieran a todo
el que es bandido en la Sierra!
(Sale Martinillo, desesperado.)

MARTI. Por mí no le han de prender.

AND. ¿Qué dices?

MARTI. Lo que has oído.
Antes me matan que hacer
lo que el amo me ha pedido.

AND. Pues bien caro te costara
desmandarte a tu señor.

MARTI. ¡Ser yo mismo el delator
del hombre de Peñalara!
¡Vender a quien me ha tratado
como a su mejor amigo!
¡Ea! ¡Que no quiero, digo!
¡Que soy pobre, pero honrado!

PAULA. Mira que buscas tu mal
y que él es un bandolero.

MARTI. ¡Ea! ¡Digo que no quiero!
¡Pobre soy, pero leal!
Aunque me dijesen que era
Satanás de los infiernos;
aunque le viera los cuernos
y aunque hasta el rabo le viera,
a nadie le vendería:
que no es de un hombre de honor
denunciar como un traidor
al que de nosotros fía.
(Sacando una moneda de los calzones.)
Y dele usted ese duro,
que él me dió por lo que hablara;
pues si lo tengo, es seguro
que se lo tiro a la cara.
PAULA. Guárdate el duro, Martín.
Has obrado de ligero
y no hay componenda.
MARTI. Pero
habrá astucia.
AND. Y siempre, al fin,
te romperá una costilla,
en cuanto te coja, el amo.
MARTI. Yo tengo patas de gamo.
AND. Y él tiene mano de ardilla.
Conque haz lo que quieras.
PAULA. Mas,
¿qué se te da ese interés
por quien ni sabes quién es
ni, acaso, a ver volverás?
MARTI. Sí se me da. Y, todavía,
por el hombre, bueno fuera;
mas de ninguna manera,
por la zagala, lo haría.
AND. *(Alarmada.)*
¿Qué zagala? ¿Quién es ella?
PAULA. Una que vive con él.
MARTI. ¡Y que es más dulce y más bella
que el arcángel San Gabriel!
(Andrea, cómicamente indignada, coge un perol con una mano y un rimero de platos con

la otra y se dirige a la puerta de la izquierda.)

AND. Pues si es arcángel la moza,
poder divino tendrá;
conque ella le salvará.
Y adiós; me voy con la loza.
(Desde la puerta.)
Por meterte a redentor
llevarás tu merecido.
(Vase Andrea.)

MARTI. Que se va, me ha parecido,
por mí, de muy mal humor.

PAULA. Pues vé con ella en seguida
y haz lo que el amo te manda;
que ella está triste, que anda
tal que una oveja perdida,
y que como el amo es rey,
no hay indulto que te espere.

MARTI. Lo haré porque usted lo quiere,
y lo que usted quiere es ley.
(Martinillo vase por la misma puerta que se fué Andrea. Paula vase también por la opuesta. Una pequeña pausa, y en el hueco del foro aparece la arrogante silueta de Salvador Peñalara, recortando su figura bravía sobre el azul de la noche. Atraviesa, cauteloso, el zaguán, y escudriñando la cocina, avanza al fin con decisión. Luego, examinándolo todo serenamente, dice:)

SAL. ¡Bien vive Hipólito Recio!
Gana tenía de entrar
en esta casa otra vez.
¡Buenas vigas! ¡Buen hogar!
En verdad que fuera necio
no envidiar su esplendidez.
¡Bien hace el rico en vivir
tan a gusto como vive
y en guardar y recibir
lo que del pobre recibe!
Mas, pues justo es que se cobre
cada cosa en su ocasión,
hace mejor el ladrón

robando al que roba al pobre.
Vienen. Estorba el velón.
(Ha sentido pasos, y apagando el velón de un soplo, deja la escena en la semipenumbra que la dan el reflejo del fogaril y la luz de la Luna. Luego se esconde en el zaguán, donde pueda ver sin ser visto. Vuelve Paula. Trae un libro de rezos y un rosario. Al ver la escena a oscuras, dice, extrañada:)

PAULA. ¿Quién ha apagado la luz?
(Pausa. Mira en torno.)
No hay nadie. Habrá sido el viento.
Acercaré aquí el asiento.
(Acerca un taburete al hogar y se sienta. Persignándose.)
Por la señal de la cruz.
(Por la puerta de la izquierda entra Saturnino sin ser oído, cauteloso, como si él, y no Salvador, fuera el bandido. Se acerca a Paula, y casi al oído la dice:)

SATUR. ¿Rezabas?

PAULA. *(Sobresaltada.)*
Ahora empiezo. ¿Qué me quieres?

SATUR. ¿No te da miedo de estar aquí sola?

PAULA. ¿Y de qué me ha de dar, si no es de ti?
Nada me asustaría; ya lo sabes.
¿Qué puede hacerme nadie que no hayan
hecho ya los demás? ¿Matarme acaso?
Y si te digo que me da alegría
de pensarlo tan sólo, ¿has de creerlo?
Pues sí: me da alegría; bajo tierra
se debe estar tan bien y tan a solas,
que lo deseo ya. Nada más siento
no tener el valor que se precisa
para matarme. *(Pausa.)* Pero ¿a qué has venido?
¿Qué quieres, que aprovechas
mi soledad para venir a hablarme?

SATUR. Decirte lo de siempre: que te quiero
y que ciego por ti.
(La pone una mano en el hombro, y ella

se levanta, como al contacto de un ascua maldita.)

PAULA. ¿Que tú me quieres?
¡Pero cuánta ruindad! ¡Qué miserable!
Todos los días, con igual cinismo,
cercándome, asediándome y oyéndome
los insultos más grandes y ofensivos
que te escupo a la cara con desprecio,
y aun vuelves a lo mismo.

SATUR. Esa es la prueba
de que digo verdad.

PAULA. ¡Calla! No sigas.
Se ofende a una mujer, se ofende a un hombre,
si para ello hay valor; mas no se ofende
a Dios con la mentira, sin que el Cielo,
más temprano o más tarde, nos castigue.
¡Que dices la verdad! ¿Es que la has dicho
alguna vez siquiera? ¿La decias
cuando, ¡pobre de mí!, me enamoraste
y te creía digno?

SATUR. La decía.

PAULA. ¿Y te prestaste a todo, y aún existe
el ladrón de tu honra, y le respetas
y le sirves y adulas? ¡Qué ignominia!
(Pausa. Salvador, atraído por el diálogo, ha salido de su escondite y sigue la escena a corta distancia.)
Ya sé, ya sé que tú me quieres a tu modo.
Pensabas que, callándote, tendrías
manceba en mí y un cómplice en el amo,
un protector de tus maldades. Pero
si él te protege y a su lado medras,
por ser hechura suya, porque sirves
a todos sus manejos y codicias,
has errado conmigo. Yo me presto
a ser la barragana del señor,
pero no la manceba del criado.

SATUR. Ya llegara ocasión en la que tenga
a Hipólito cogido entre mis redes;
y entonces serás mía por salvarle.

PAULA. ¿Y así te vengarás? ¿De quién? ¿Del amo
o de mí?
SATUR. De los dos.
PAULA. ¡Brava venganza!
SATUR. Pues cásate con él. Sólo casándote
renunciaré al cariño que te tengo.
¡Pero siendo la amante de ese hombre,
también tendrás que ser amante mía!
(La faz sombría de Saturnino cobra el lívido color de la amenaza. Salvador, en silencio, ganado por la desventurada mujer, lucha hace rato para contenerse y no arrojarse sobre el miserable. Noble de gesto, de ademanes sobrio, parece que va a caer sobre él a cada instante.)
PAULA. ¡Que me case! Eso quieres: que me case,
para tenernos a los dos atados
y asegurarte bien. ¡Si yo quisiera,
ya estaría casada con Hipólito!
Es lo que él me suplica a todas horas,
porque teme perderme.
SATUR. ¿Y tú no quieres?
PAULA. ¿Para qué? ¿Qué ventaja llevo en ello?
¿Es que seré por eso más honrada?
¿Es que voy a querer al que más odio?
¿Es que él me va a tratar con más cariño?
Y tú, ¿me vas a respetar siquiera?
Así, al menos, me queda la ilusión
de que estoy como estoy porque yo quiero;
de que me puedo ir cuando me sienta
sin fuerzas ya para martirio tanto;
así, al menos, me queda la amenaza
—la única para él—de abandonarle,
y así, al menos, en fin, sueño que un día
llegue a esta casa un hombre generoso,
más noble y más leal, que me perdone,
que olvide mi pasado, que me escuche
y ame sinceramente y que me arranque
para siempre al oprobio de esta casa.
Ya sé que esto no es más que una quimera;
pero, estando casada, un imposible

sería lo que hoy sueño, que es más triste.
(Resuelta.)
Y vete. ¡Déjame!

SATUR. Sí, ya te dejo.
Mas, por última vez, óyeme, Paula:
como yo no renuncio a lo que quiero,
y antes que renunciar recurro a todo,
mía serás, porque si no...

PAULA. *(Gozosa.)*
¿Me matas?
(Saturnino, exasperado, va hacia ella, que le ofrece su pecho sin temor. Salvador, siempre en silencio, da un salto de tigre desde donde estaba y cae junto a Saturnino, quedando detrás de él, sin que lo advierta, y dispuesto a echarle las manos al cuello al primer movimiento. Pero Saturnino recobra su frialdad y Salvador su dominio.)
¡Anda y atrévete, que nunca harías
una tan buena obra como haciéndolo!

SATUR. No me conviene aún. Piénsalo bien.
El tiempo y mi constancia harán su obra.
Ocasiones como ésta han de sobrarme
y yo sabré sacarlas el provecho.

PAULA. ¡Para rendirme no serán, cobarde!
(Vase Saturnino. Al salir, casi roza a Salvador, que se repliega en la pared para dejarle paso.)
¡Siempre, siempre lo mismo!
¡Todos, todos son iguales!
¡Cuando me deja que respire el uno,
está el otro acechándome!
¿Por qué nací mujer desamparada,
Virgencita del Carmen?
(Rompe a llorar sobre el poyete del hogar.)

SAL. *(Para sí.)*
La oveja está en la cueva de los zorros,
que olfatean su carne.
Tengo que entrar por ella; mas con tiento,
no se asuste de verme y se me escape.
Me ganaré su corazón por lástima.

¡Nada mueve a piedad como la sangre!
(Saca un cuchillo de monte y se da un tajo en el antebrazo, haciendo brotar la sangre. Luego avanza decidido, sombrero en mano, simulando entrar del campo.)
¡Por caridad! Un pedazo de lino
para cortar la sangre de esta herida.
(Paula se yergue sobresaltada. Enciende el velón en la llama del hogar y, alumbrando a Salvador, pregunta:)

AULA. ¿Quién lo pide?

AL. Quien yendo de camino
ha rodado al barranco del molino
detrás de una peñasca desprendida.
(Paula le mira como a una imagen conocida, aunque nunca vista.)

AULA. *(Aparte.)*
¡Juraría, Dios santo,
que éste es el hombre de que habló el ca-
[brero!
(Salvador, a su vez, la mira complacido.)

AL. *(Aparte.)*
¡Guapa mujer, para que sufra tanto!

AULA. Pues advertirle del peligro quiero.
(Alto.)
Pase quien sea, que amparo tendrá
quien a este hogar necesitado pasa.
(Salvador avanza.)

AL. Gracias, mujer; pero por ti será,
no por el amo de esta casa.
(Paula saca de un armario los menesteres para una cura casera y le venda el brazo mientras hablan.)

AULA. ¿Le conoces quizá?
Un viajero de paso te creía.

AL. Y estabas en lo cierto: voy de paso.
Pero en toda la brava serranía,
¿existe un hombre, acaso,
que no sepa que en este señorío
es Hipólito Recio omnipotente?
Y cuando en la llanura y la vertiente,

desde el montaraz al labrantío,
cuanto abarca la vista a la redonda,
no hay poblado ni aldea,
pico nevado ni cañada honda,
nada, que de él no sea,
ni eco que no responda
al conjuro maldito de su nombre,
¿qué puede haber de extraño y que te asom-
[bre
en que hasta aquel que de jornada pasa,
cuando llame a su puerta por favor,
piense que, como todas, esta casa
es de Hipólito Recio, el labrador?

PAULA. Parece que lo nombras con rencor.
(Paula, que intentó desgarrar un lienzo con las manos, no consiguiéndolo, ha hecho intención de marcharse, cosa que ha impedido Salvador ofreciéndola, para que corte, su cuchillo. Indecisa.)
Buen cuchillo.

SAL. De monte.

PAULA. Y afilado.
(Paula corta con él y se lo devuelve en seguida, como si le asaltase algún temor.)
Poco lo has menester
siendo, como te creo, un hombre honrado.
Aunque, al dejarlo ver,
cualquiera de su dueño desconfía.
Guárdatelo. Que no lo vea.

SAL. *(Guardándoselo.)*
¿Ha cruzado tu mente alguna idea
al resbalar de su caricia fría?

PAULA. ¿Tú qué sabes?

SAL. A veces acontece
que el que tiembla cogiendo un gorrión,
ve un arma y se estremece
acordándose de alguien que merece
que se la claven en el corazón.
(Paula, que le venda la herida, baja los ojos y murmura:)

PAULA. ¿Qué hombre de maldición

es éste, que penetra en la conciencia?
(Alto.)
¿Y quién te dió licencia
para juzgar lo que yo siento?

SAL. Yo no juzgo, mujer. Tengo la ciencia
de leer solamente el pensamiento.

PAULA. Pues serás hechicero.

SAL. Un poco soy.
Me gusta apoderarme de las cosas,
con más afán cuanto, por más preciosas,
en más peligro estoy.

PAULA. ¿Y es de valor la que persigues hoy?
(Paula pone en orden y guarda los útiles de la cura.)

SAL. ¡Como el manto de fiesta de una imagen
bordado en oro y pedrería!
¡Y la he de conquistar y hacerla mía
aunque a impedirlo bajen
todos los zorros de la serranía!

PAULA. A eso dicen ladrón por esta tierra.

SAL. Pues también algo tengo de ladrón.
Pero no soy ladrón, que serlo encierra
más cobardía que ambición.
Llámame bandolero generoso;
rey de la soledad y la espesura;
brazo de Dios para el menesteroso,
y Providencia de la desventura.
Llámame bandolero, que es lo justo;
que él, teniéndolo todo, nada tiene,
y no sigue otra ley que hacer su gusto;
mas, con nobleza, sin negar que viene,
arrogante y sereno,
a dar su sangre o a tomar lo ajeno.

PAULA. *(Aparte.)*
Si hechicera es su ciencia,
su palabra es también hechicería.
¡Nunca nadie me habló de esta manera,
aunque yo a todo el mundo lo pedía!
El ha sido, entre todos, el primero.
(Alto.)
Pagas la caridad con galanía.

Pero, si no eres sólo una quimera,
si eres un hombre, suplicarte quiero
que me digas tu nombre.

SAL. ¿Mi nombre? ¿Para qué? Yo soy un hombre
que no sirvió jamás a ningún amo
ni humilló su cerviz a los señores.
Pero no tengo empeño en que lo ignores:
vivo en el monte y Salvador me llamo.

PAULA. *(Aparte.)*
¡Salvador, como Cristo!
Todo parece ser providencial.
¡El es! ¡El es! En su mirada he visto
el fuego extraño de que habló el zagal.
(Alto.)
Pues vete, Salvador. Hemos hablado
más de lo que es prudente.
Has descansado ya. Te vas curado
y en paz estamos, porque me has pagado
borrando unos fantasmas de mi frente.
Sigue el camino, que en la casa hay gente
dispuesta a una batida
que darán esta noche al bandolero
espanto del partido,
y pueden confundirte. Que no quiero
que peligre tu vida
por haberte en mi casa entretenido.

SAL. Y yo no he de marcharme de tu lado
—porque sé que mi amparo necesitas—
sin pagarte el favor que me has prestado
con tus manos benditas.

PAULA. ¿Cómo vas a pagarlo?

SAL. Como quieras.
Vengando en tus verdugos tu tormento
o haciendo realidades tus quimeras.

PAULA. ¿Quién te ha dicho que sufro?

SAL. Aunque no quieras,
ya sabes que adivino el pensamiento.
Y sé que en la heredad de tu tirano
no hay un trozo de tierra, una brazada,
que no esté por tus lágrimas mojada.

PAULA. Nadie me vió llorar.

SAL. Niegas en vano:
¡lloraste hace un instante acongojada!
PAULA. ¡Acaba de una vez, y dí quién eres,
que no existe ante ti cosa escondida!
SAL. ¿Todavía quién soy? El que tú quieres
que venga a redimirte de esta vida.
(La coge la frente entre sus manos y la mira de hito en hito.)
Mírame bien. Así. Dime, ¿qué ves?
¿Los cielos? ¿El abismo?
PAULA. ¡Por piedad!
¡No me mires tan cerca!
(Aparte.)
¡El es! ¡El es!
(Alto.)
¡El abismo y los cielos por mitad!
(Otra vez para sí.)
¿Por qué me turba así, Virgen divina?
Martinillo, el zagal, lleva razón:
¡algo tiene en los ojos que alucina,
atrayendo como una tentación!
(Se suelta de él, como volviendo de pronto a la realidad, y corre a echar el cerrojo de la puerta por donde salió Saturnino.)
¡Márchate ya, por Dios! Pueden hallarte
y creer otra cosa.
SAL. Que lo crean.
PAULA. ¿Has venido a perderme?
SAL. O a salvarte
de los que te maltratan y desean.
Salvador es mi nombre, y si al pasar
hallo un alma sumida en el dolor,
o la debo salvar,
o no debo llamarme Salvador.
Yo ya sé que soñabas en que un día
darías con un hombre generoso,
más noble y más leal, que olvidaría
lo que hubiera en tu ayer de vergonzoso;
que te perdonaría tu pasado;
que encendería de tu amor la brasa,
y que te arrancaría, enamorado,

para siempre al oprobio de esta casa.

PAULA. *(De pronto, comprendiendo.)*
Tú escuchabas detrás de aquella puerta.

SAL. No escuchaba. ¿Por qué?

PAULA. Porque son mis palabras.

SAL. Ya lo sé.
Pero de par en par estaba abierta
y tú te hallabas sola cuando entré.
Ya te he dicho que a mí no se me niega
secreto humano ni poder divino;
que todo a mi capricho se me entrega
y que nada se opone en mi camino.
Todo lo sé, mujer: tu vida triste,
tu deshonra, tu amarga desventura;
sé que todo en la lucha lo perdiste,
mas sé que algo te queda: un alma pura.
Escúchame, mujer. Libre te dejo
de quedarte o seguirme. No te mando
contra tu voluntad ni te aconsejo;
pero escúchame bien, y luego, cuando
me hayas oído, como ante un espejo
mírate bien al alma y determina.

PAULA. *(Aparte.)*
¡No sé qué intenta, pero estoy temblando
como una rama a la que el viento inclina!
(Alto.)
Tengo tantos deseos de escuchar
una vez que me llegue al corazón,
que me siento, al oírte, desmayar.
¡Acaba y márchate, por compasión!

SAL. Dos caminos se ofrecen a tu vida:
uno, Hipólito Recio; otro, el bandido
Salvador Peñalara, que soy yo.
De los dos, el primero, agria subida
de un calvario, te es harto conocido;
pero el segundo, no.
Siguiendo por aquél hasta tu muerte,
mientras seas constante en el dolor
o él no sienta el hastío al poseerte,
nunca te ha de faltar de lo mejor.
Pero mira que el suelo está teñido

con tu sangre y tu llanto;
recuerda cuántas veces has caído
y cuántas has gemido con espanto,
y piensa que, al final, no hay en la cumbre
más que una sombra vana,
y que, por premio, encontrarás mañana
sólo olvido, miseria y podredumbre.
Sobre el otro camino, al que hasta ahora
nadie jamás encaminó tu paso,
se cierne un vivo resplandor de aurora
bajo el limpio cristal de un cielo raso.
Nada tendrás allí. Ni rico traje,
ni aljófares, ni holandas, ni joyeles,
ni mesa con sitiales y manteles
donde se rinda al amo vasallaje.
Nada tendrás allí. No hay un techado
de recios muros y robustas vigas,
ni, para reposar de las fatigas,
lecho mullido y cabezal bordado.
Pero tendrás amor, conciencia pura,
sueño tranquilo, reposar sereno,
el alma rebosante de ventura
y el corazón de regocijo lleno.
Puro es allí cuanto en redor se mira;
absorto el hombre ante la inmensidad,
en el aire sutil que se respira
se oye siempre la voz de la verdad.
Y al despertar sobre el austero lecho
de ramas secas y follaje verde,
lleno de gozo se dilata el pecho
y la mirada en el azul se pierde.
Sube hasta allí conmigo. Reinarás
pobre y errante como en un desierto;
mas poco a poco renacer verás
lo que en tu corazón estaba muerto.
¡Saldrás conmigo al despuntar el alba,
y al temprano ladrar de los mastines,
al trote largo, en la gentil cuatralba
de finos remos y de largas crines!
¡Y mientras el caballo se desboca
saltando abismos y atajando al viento,

ebrio de amor me volveré un momento
para besar con frenesí tu boca!
(Transición.)
Y ahora, puedes quedarte,
olvidar esta noche como una
pesadilla importuna,
y hasta puedes vengarte
a la Justicia delatando
al que, para tu bien, te ha sacudido
como a un árbol fragante y florecido
que iban ya las orugas deshojando.
(Salvador retiene a Paula, casi vencida, entre sus brazos. Pero en este momento se oyen golpes en la puerta que Paula cerró, y las voces de Hipólito y Saturnino que llaman por dentro. Paula, al oírlos, vuelve a la realidad, y lucha con Salvador hasta soltarse cuando lo indica el diálogo.)

HIPO. *(Dentro.)*
¡Abre la puerta, Paula!

SATUR. *(Idem.)*
¡Abre en seguida!

SAL. *(Reteniéndola.)*
Pero escucha: esas voces que te llaman
piensa que son el eco de tu vida
y huye a tiempo conmigo.

PAULA. ¡No! ¡Jamás!

SATUR. *(Dentro.)*
¡Abranos!

HIPO. ¡Que abras te digo!

SAL. ¡Deja el cubil donde las fieras braman!

PAULA. ¡Ya es tarde, Salvador! ¡Vete de aquí!

SAL. *(Soltándola.)*
Los temes y me arrojas. ¡Qué cobarde!

PAULA. ¡Márchate, por piedad!

SAL. Ya voy. Creí
que para ser feliz nunca era tarde.
(Se dirige lentamente a la puerta, y ya en ella, añade:)
Ya veo que lo es y que tus cuitas
más te son un consuelo que una queja.

Y puesto que de mí no necesitas,
queda con Dios, mujer.

PAULA. ¡El te proteja!

(Vase Salvador. Pausa. Las voces interiores han callado. Paula, desalentada, se dirige a la puerta por donde aquéllas se oían y se dispone a descorrer el cerrojo; pero antes acerca el oído a la hoja y escucha.)

Han callado los dos. Pero ¿qué pasa
que se oyen voces y rumor de gente?
(Espantada.)
Dan la vuelta a la casa.
Si aún no escapó le cogerán de frente.
¿Y qué espero yo aquí, que no le sigo?
¿Verle muerto a mis plantas? ¡Oh, qué es-
[panto!
¡Antes morir que resignarme a tanto!
(Corre hasta la puerta del foro, y grita:)
¡Espera, Salvador, que voy contigo!

(Vase escapada. Pausa larga. En seguida se oye la voz poderosa de Salvador, que dice, dentro, como un reto a los valientes:)

SAL. Agárrate bien a mí;
que antes que parta la yegua,
quiero decir una copla
que es un anuncio de guerra.
El que deba, que la escuche;
el que la escuche, la entienda,
y si aprendérsela quiere,
fíjese, que ahí va la letra:
Lleva a la grupa una moza
el Bandido de la Sierra.
Si alguno quiere quitársela,
¡que suba al monte por ella!

(Hipólito y Saturnino pasan por el foro con sendas escopetas. Se oye el galope de un caballo, seguido de dos detonaciones, y baja rápidamente el

TELÓN

ACTO SEGUNDO

En la montaña de Pañalara. Un collado o meseta cerrado al foro—que simula dar a un abismo—por un tapial de piedras y espinos, a modo de parapeto sobre el precipicio. A la derecha, el chozo de Salvador: tosco, de cantos, troncos de pino y helechos, con puerta y ventanas practicables. Junto al chozo, salida a una senda o camino que, ocultándose detrás de él, reaparece por el foro, en rápida ascensión, cortado a pico también sobre el abismo. Esta senda ha de ser toda ella practicable. Frente a la casa, y en el lado izquierdo, un gran pino centenario da sombra al cercado. El tronco de este árbol, rodeado por un banco rústico. A la izquierda, otra salida, que figura dar al camino descendente. Al fondo, lejanía de sierra con picachos bravíos. Detrás de la casa, y en los dos laterales, grandes espesuras de milenarios pinos. Sol vivo, de mediodía, ilumina la escena.

(Fuensanta, afanosa con cualquier menester. Martinillo, encaramado al pino centenario. Al pie de éste, tumbado y fumando una gran pipa, el viejo Trampolín. Paula, dentro de la choza. Al levantarse el telón, Paula se asoma a la ventana y grita:)

PAULA. ¡Fuensanta! ¡Fuensanta! ¡Se escapa la chota por el monte abajo!

FUEN. Pues yo iré a buscarla.

MARTI. *(Desde el árbol.)*
Voy de un salto yo.
(Martinillo desciende rápidamente del árbol.)

FUEN. ¡No! ¡Tú no!

MARTI. De un vuelo.
En menos que bajo del árbol al suelo
estamos de vuelta.

FUEN. ¡Te digo que no!

PAULA. *(Saliendo.)*
Ya sabes la orden. Salvador te manda
que nunca, por nada, te alejes del seto.
La gente de Hipólito, que al acecho anda,

son tal de cazarnos no mira la pieza.
Ni tú ni Fuensanta.

MARTI. Pues ¿quién irá, al fin?

PAULA. Si no es gran trabajo para su pereza,
vaya por la chota, señor Trampolín.
(El viejo y perezoso Trampolín, que ha estado somnoliento, como ajeno a cuanto pasaba alrededor, se rebulle contrariado.)

TRAM. ¡Por vida del cielo! ¡Ya me lo temía!
Lo pides de un modo, que ¿quien no lo haría?
¡Ay, cuánto trabajo!
¡Perra suerte mía!
(Da media vuelta y vuelve a acomodarse.)
¿Dices que la chota. .?

PAULA. Por el monte abajo
ha rato escapóse.

TRAM. ¿Hace rato ya?
(Como el que ve una solución salvadora.)
Pues dejadla entonces, que no hay quien la [ataje,
y pues sabe el chozo, ella subirá
por mucho que baje.
No hay nada que valga tantas desazones
cuando el fin de todo no es más que una fosa.

PAULA. Me quema la sangre con sus reflexiones.
¡Ea! ¡Iré yo misma!

FUEN. *(Alarmada.)*
¡No, tú no!

MARTI. ¡Usted no!

TRAM. *(Levantándose al fin.)*
¡Quieto todo el mundo! ¡Fuera buena cosa!
¿No dije el primero que bajaba yo?
Pues ya voy por ella.
(Pausa. Con desesperante calma descuelga una manga de pescar, de tosca red y astil rudimentario, y se va murmurando:)
Llevaré la red
por si en el torrente cae alguna trucha.

MARTI. A ver si dos pájaros matas de una vez.

TRAM. ¡Ay, cuántos trabajos!
(Vase. Ya dentro, grita:)

¡Eh, chota! ¡Morucha!

FUEN. Buen susto me diste, madrecita Paula.
No dejas que salga Martín del cercado,
y quieres tú misma salir, cuando sabes
que a ti más que a nadie te tiene mandado
padre Salvador
que no asomes nunca por nada ni nadie
fuera del alcor.

PAULA. Pues no temáis nada. Yo soy obediente.
Si él manda estar presa, toca obedecer.
No dejaré el chozo ni por el capricho
ni por el deber.
Y ahora cada uno siga su quenacer.
(Paula se vuelve al chozo.)

MARTI. ¡El manda estar preso! Bien dice ama Paula,
que estar como estamos es presos estar.

FUEN. No pienses en eso, y ayúdame. Vamos
la pata del gato montés a curar.
(Se dirigen a una especie de corralillo que habrá en un ángulo de la escena, y dentro, dejando ver solamente las cabezas, simulan curar, arrodillados, una alimaña que hay en él.)
Salvador lo trajo medio agonizante,
y aquí lo cuidamos para que sanara.
Dice que, en curando, suelta le dará.
Pero yo no quiero.

MARTI. Ni el gato querrá.

FUEN. Bien dices. El pobre nos tomó cariño,
y es gato casero de manso que está.

MARTI. Igual que los perros, que, en casa del amo,
como los tenían a media ración,
porque dice el amo que así están más fieros,
se escapaban siempre que había ocasión.
Y aquí, tan mimados y tan relucidos,
más que dos valientes mastines de presa,
parecen dos perros de casa y regalo,
de los que dormitan al pie de una mesa.
Por nada en el mundo bajarán al soto.

FUEN. Bueno es que se queden, que necesitamos
ahora más que nunca de fieles guardianes.

MARTI. Sí que son precisos. Que a Paula quisieran
coger bien aína los que la maltratan.
FUEN. Y a ti, ¿por qué quieren cogerte?
MARTI. ¿Por qué?
Porque aunque con creces sufrí ya el castigo
de Hipólito Recio, su mando burlé.
La noche en que Paula huyó, como sabes,
valiente a la grupa, me hicieron por fuerza
salir para guía tras de Salvador.
Fué inútil negarme. La mano del amo,
que me amenazaba, me impuso terror.
¡Mas fué buena burla! Trazando un rodeo,
di tiempo a que Paula con él escapase
por las escarpadas del monte fragoso,
y luego, tomando el sendero más pino,
fingí estar dudoso
y errar, de dos sendas, la que era el camino.
Con estos engaños llegó la mañana,
y el amo, iracundo, fallados sus fines,
juró darme muerte si antes de otra aurora
no entraba con ellos, por fin, en el coto
a que me guiaran los buenos mastines.
Pero el mismo día
mudabais el hato,
porque yo, prudente,
dejando mis cabras con otros cabreros,
hasta vuestro chozo corriendo subía
para que pudiérais a salvo poneros.
Así, a la otra noche, cuando con su gente
a Hipólito Recio llevé hasta el collado,
tan sólo encontramos la huella reciente
de quienes habían en él acampado.
Y sin esperanza de hallar al bandido,
volvimos al llano. Mas ¿quién me dijera
que yo solamente la víctima fuera?
FUEN. ¿La víctima?
MARTI. El amo,
quizá porque todo se lo maliciara,
dió en que yo sabía dónde estaba el nido
en que Peñalara
había de nuevo su presa escondido.

¡Hambriento me tuvo, preso y maniatado
como a un criminal!
¡Me han amedrentado, me han apaleado
para que os vendiese, y sólo ha faltado
cortarme la lengua o abrirme en canal!
(Pausa. Poderoso, y no muy lejos, se oye un largo silbido de pastor.)

FUEN. ¿Llama Salvador?

MARTI. Es él, que me avisa.
Me dijo, al marcharse, que cuando le oyera,
sobre la potranca saliera en su busca.

FUEN. *(Gozosa.)*
¡Pues vé sin temor!
¡Que no habrá peligro ni daño te espera
cuando te lo dice padre Salvador!
(Vase Martinillo. Atraída por el silbido, Paula sale de la choza.)

PAULA. Fuensanta, ¿quién ha silbado?

FUEN. Salvador.

PAULA. Pues ¿qué sucede?

FUEN. Que ya a la espalda no puede
con todo lo que ha cazado,
y pide un caballo para
poder bajarlo mejor.

PAULA. Mejor fuera no cazara,
que no vivo del temor.

FUEN. A la muerte burlará.
Mil veces la tiene vista.
No hay poder que le resista.
El es mucho hombre.

PAULA. Ya
voy viendo que lo es.

FUEN. Aún no;
para conocerle bien
hay que verle en más de cien
aventuras, como yo.

PAULA. Brava fué la de llegar
hasta el chozo cual llegamos;
que no sé por qué libramos
sin al abismo rodar.
sobre la silla vaquera

los dos apenas sujetos,
sin saber de qué manera
salimos a la carrera
por trochas y vericuetos,
pues del primer espolazo
el soto quedóse atrás,
y en coronando un ribazo,
me aseguró con su brazo
para poder correr más.
Ciega la jaca corría,
y él la clavaba la espuela,
mientras alegre decía:
"¡No temas, paloma mía!
¡Corre, jaca mía; vuela!"
Yo a su cintura abrazada,
medrosa y atolondrada
por la carrera veloz,
perdí, medio desmayada,
la voluntad y la voz.
Encima la noche oscura,
el precipicio debajo;
cien veces puso, insegura,
su pie la cabalgadura
al borde mismo de un tajo,
y cien veces al azar
se escurrió por el camino,
y tuvimos que bajar
las cabezas al pasar
bajo el ramaje de un pino.
No sé por dónde llegamos,
ni sé por dónde vinimos;
sólo sé que nos salvamos
y que a la muerte escapamos,
aunque de cerca la vimos.

HORN. Da gusto, Paula, escucharte.
Te oigo y afán siento de
un romancillo contarte
que por las ferias canté,
y que, pintado en dos telas,
sobre un cartelón estaba.
Me acuerdo que se llamaba

"La novia de Luis Candelas".

PAULA. ¿Tú por las ferias cantando?
¿Cuándo?

FUEN. Hace tiempo. Cuando era
danzante y titiritera.
Cuando iba por ahí, rodando
con Trampolín.
(Paula da muestras de extrañeza.)
¿No sabías?
Pues es la hazaña mejor
de cuantas hizo en sus días
el bandido Salvador.
(Trampolín, que vuelve con la red repleta de truchas, escucha las últimas palabras de Fuensanta, y le pregunta:)

TRAM. ¿Ya estás con el tal suceso?

FUEN. ¿Volviste ya? ¿Y por qué escuchas?
¿Has cogido muchas truchas?

TRAM. *(Mostrándoselas.)*
Muchas. Tómalas al peso.

FUEN. Pues por más debieras irte,
porque ahora el relato empieza.

TRAM. Me marcharé por no oirte.

FUEN. Si te deja la pereza.
(Trampolín ha vuelto a tumbarse, como de costumbre. Las mujeres se han sentado también afanosas; Fuensanta, a la rueca, y Paula, a recoser una saya. Forman los tres un grupo arcádico y sencillo.)

PAULA. ¿Tú inventas romances?

FUEN. Sí.

TRAM. Los saca de su cabeza
con más gracia y ligereza
que nunca sacarlos vi.
¡Este de hoy es cosa aparte!

PAULA. Cuéntalo.

FUEN. Pues allá va.

TRAM. Me iría por no escucharte;
pero ¿quién se mueve ya?

FUEN. Fuensantica la llamaban;
por Fuensantica atendía.

Catorce veces las rosas
visto florecer había,
y nunca supo quién era
ni de sus padres sabía.
Vivía de caridad
en una cueva sombría,
con una gitana vieja,
sabidora en brujería.
Estando junto a la cueva
las dos sentadas un día,
vieron un carro de titeres
que hacia la cueva venía.
Un rocino le arrastraba
y un pobre can le seguía.
Eran tres los comediantes:
la juglara, que tenía
la misma cara de llanto
que tiene Santa María;
un jugiar, que por el mote
de Trampolín atendía,
que siempre hacía el payaso
y siempre a risa movía,
y el que capitaneaba
a toda la jugiería,
que daba espanto mirarle
por las barbas que traía.
Junto a la cueva acamparon,
y apenas amanecía,
por una jarra de mosto
que hiciera su tercería,
la bruja con el barbudo
ya estaba en barraganía.
Otro día era pasado
desde que esto sucedía,
cuando, cogiendo la bruja
su baraja y su alcancía,
con la mocita se unió
a tanta truhanería.
Formando en la caravana,
que en el carro no cabía,
rodaron de pueblo en pueblo

y de fiesta en romería.
¡Ay, Fuensantica la bella!
¡Quién tu destino diría!
Como advirtiera el barbudo
lo guapa que florecía,
caviló que en el tablado
mucho le aprovecharía,
y aplicando la gitana
sus artes de hechicería,
la dieron un bebedizo
con que se desvanecía.
Luego la descoyuntaron,
sin mirar lo que sufría;
por los codos y las corvas
el hueso se le salía;
la dieron untos y aceites,
la abrieron una sangria,
y estuvo más de tres lunas
si sanaba o si moría.
¡Ay, Fuensantica la bella!
¡Más morirte te valía!
Cuando ya estuvo curada,
porque Dios lo disponía,
aprendió todas las cosas
que el barbudo la exigía:
por el aro del tonel
más pequeño se metía;
bailaba sobre el alambre,
y si al trapecio subía,
al verla colgando de él,
la gente palidecía.
Pero como todo acaba
y a todo llega su día,
cuando una noche Fuensanta
de las anillas pendía,
presentóse un bandolero
que andaba en la serranía,
y aguó la fiesta lo mismo
que una nube la aguaría.
Deshizo el corro apretado;
dispersó la villanía;

ató a un árbol la gitana,
que suplicaba y gemía,
y la cortó las dos manos
con la mayor sangre fría;
cogiendo luego al barbudo,
que juraba y maldecía,
los brazos le ató al rocín,
los pies al carro le uncía,
y fustigando al caballo,
que, espantado, se crecía,
descoyuntado quedó
quien descoyuntara un día.
A Fuensanta y al payaso
libró así de tiranía.
A vivir se los llevó
a la choza en que él vivía,
y desde entonces, felices,
nada turba su alegría;
que él quiere tanto a la moza
que nadie igual la querría,
y el payaso Trampolín,
como antaño hacer solía,
hace a veces payasadas
para que Fuensanta ría.

TRAM. Tan cierto es lo que has oído
como que no hay un pesar
como éste de haber nacido
sólo para trabajar.
Y, gracias a Peñalara,
con el sudor de mi frente
me gano hoy la vida, para
que ésta viva ricamente.
(Da media vuelta y se tumba del otro lado. Una pausa, y se oye dentro la voz de Martinillo, que grita desde arriba:)

MARTI. ¡Mira hacia arriba, Fuensanta!
¡Hacia el Cancho del Halcón!
(Fuensanta se asoma al parapeto del foro, y mira hacia arriba por la derecha.)

FUEN. ¡Jesús, y qué bendición!
(A Paula.)

¡Mira si la carga es tanta
que se revienta el serón!
(Paula se asoma también al parapeto. Trampoín, atraído por la tentadora enumeración de Fuensanta, se levanta con inusitada diligencia. Luego se une al grupo de las mujeres.)

PAULA. Se hizo esperar mucho rato,
pero lo paga con creces.

TRAM. ¡Albricias! ¡Hoy nos daremos
buen festín!

FUEN. Te lo mereces;
que el trabajo te ha dejado
tronchado de los riñones.

TRAM. Pues sí; que si él ha cazado,
yo unas truchas he pescado
que parecen tiburones.
(Vanse los tres por la derecha. La escena queda un momento sola, y Salvador, dentro, ordena así:)

SAL. Descargadlo. Disponed
cada cosa en su lugar,
y dadme un jarro a apurar,
que vengo muerto de sed.
(Sale Salvador solo. Apoya la escopeta en el parapeto del foro. Se quita la chaqueta. Se sienta y se enjuga el sudor. Todo ello en silencio. A poco sale Paula con un jarro. Salvador bebe.)

PAULA. Pensé que no volvías, Salvador.
Bien has aprovechado la mañana.

SAL. Bien. Pero a gusto se trabaja y suda
cuando sabemos que, al volver a casa,
tendremos la alegría de encontrarnos
vivo el cariño y como nieve el agua.
(Bebe.)

PAULA. Más fuera mi alegría
si no viviera siempre amedrentada
y por ti temerosa.

SAL. ¿Aún no estás cierta
de que por mucho que hagan
me protege un demonio

y nunca puede sucederme nada?
(Se ríe.)

PAULA. Calla. No digas eso;
que solamente Dios es quien te ampara
y quien decirlo puede. Y no lo digas
para que no castigue tus palabras
dejando de ampararte.
(Pausa.)
¿Sabes algo?
¿Traes noticias?

SAL. Ni sé ni traigo nada.
Todo sigue lo mismo. En nuestra lucha
hay una tregua larga.
Mas no por eso creo
que Hipólito se cansa
ni ha cejado en su empeño
de echarme la zarpada.
Le ha llegado a lo vivo que le robe
la joya más preciosa de sus arcas.
Haciéndote sufrir, a su manera
egoísta te amaba.

PAULA. No hablemos de eso más; te lo suplico.
Eso es agua pasada,
que ni mueve molino
ni hace espuma en sus aspas.
Y ahora quiero pedirte yo una cosa,
que tú me has de aprobar.

SAL. Por aprobada.

PAULA. Que de aquí nos vayamos. Esto tiene
que acabar con mal fin, y aunque ello tarda,
será vertiendo sangre. Yo no quiero
ver la tuya a mis ojos derramada.
Si hasta hoy te ocultaba
lo que en mi corazón se combatía,
porque en vano luchaban
el amor y el pudor por confesárteio,
no puedo más; que cada
vez que te vas por esos montes
o que sales de caza,
si tardas en volver y, cuando vuelves,
traes la ropa manchada

por la sangre alarmante de un rebeco
que te echaste a la espalda,
toda me siento estremecer con susto
y el corazón del pecho se me salta.

SAL. *(Gozoso.)*
¡Gracias a Dios que te salió a los labios
cosa tan bien guardada!
Todo lo que me has dicho lo sabía;
pero a que lo dijeses esperaba.
Ya sabéis Dios y tú que desde el día
en que en mi pobre reino me acompañas,
siempre te he respetado
como a la Virgen Santa.

PAULA. Ya lo sé. Como nunca
imaginé que tú me respetaras.
La noche en que, contigo, me escapé
de la casa de Hipólito, pensaba
que te había gustado en mí la hembra,
la mujer, buena o mala,
y que si me traías a tu lado
era porque mi cuerpo deseabas.

SAL. ¿Y viniste sabiéndolo?

PAULA. Ser de uno
o de otro, ¿qué más daba?
Quise cambiar de amo.
Sólo era mía el alma,
y hecho mi cuerpo al cautiverio antiguo,
despreciando mi carne mancillada,
igual me fué que la tuviese el uno
como que el otro la robara.
Me quería librar de la ponzoña
fatal de aquella casa;
salir al aire libre, al ancho campo;
subir a la montaña
en los brazos de un hombre
que su intención adivinar dejaba,
perversa o generosa, pero recta,
sin recovecos, clara.

SAL. ¿Te arrojaste en mis brazos sin recelo
y sin temor?

PAULA. A nada.

Dios quiso que creyera
aquella noche tus palabras,
y al juzgarte sediento de mi cuerpo,
concebí la esperanza
de que mi cuerpo utilizar podía
como un regalo o como un arma.
Pero pasaban días, y a mi lado
tú de largo pasabas;
y empecé a no temer, y al mismo tiempo
empecé a sentir rabia,
herida en mi amor propio y en mi orgullo
de mujer y de guapa.
¿Era tan despreciable? ¿Tan indigna?
¿Tan fea, acaso, estaba?
Me contemplé en la sombra la figura;
en los regatos, me miré la cara;
me bañé en los arroyos; me compuse
como pude mejor, cada mañana,
y porque tú me vieras y me hicieses
la merced, nada más, de una mirada,
te sonreía siempre, humildemente,
como una pobre esclava.
Mas tú, como si fueras una roca,
ni sonreír me has visto, ni has visto que llo-
[raba,
primero, de temor; luego, de orgullo;
de despecho después, y, al fin, con lágrimas
de desesperación y de zozobra,
fielmente enamorada.
¡Tanto, que hasta he tenido
celos y envidia de Fuensanta!

SAL. ¡Mira tú si estoy hecho a la mentira,
que te supe ocultar que te adoraba!

PAULA. ¿Mentir tú, Salvador? No; tú no mientes.
Aunque en cosas de faldas,
¿quién puede asegurar que no me engañes?
Por el partido es fama
las mujeres que a ti se te rindieron.
No sería diciendo que pensabas
olvidarlas después.

SAL. ¡Bah! ¡Qué mujeres!

Las de fácil conquista. Malcasadas,
troteras, buscavidas;
lo desecho de tienta y de cerrada.
Pero entre todas ellas
tú sola tienes el poder que enlaza
los troncos, y que funde
el duro hielo de las cimas altas.
Haz de mí lo que quieras. Nada más
una cosa te pido que no hagas,
y es obligarme a levantar el campo.
Lo levanté una vez porque importaba
salvarte de momento.
Hizo más que acostumbra Peñalara.
Yo he venido a vivir en estos montes
y aterrar la comarca
porque tengo pendiente con Hipólito
una cuenta atrasada.
Hipólito casó, como tú sabes;
sabes que su mujer era una santa;
pero no sabes que la santa aquélla,
por las riquezas de él alucinada,
abandonó a otro hombre, y que ese hombre
que la quiso era yo.

PAULA. *(Con asombro.)*
¡Que tú la amabas!

SAL. Con la ceguera del primer cariño.
Pero ella ambicionaba
ser rica, y yo era pobre. Me dejó
por el mejor postor. Y ya casada
nunca la he vuelto a ver. Enloquecí.
Creí que el mundo entonces se acababa.
Esperé, supliqué, lloré cobarde,
y hasta juré matarla.
Pero ella, fiel a Hipólito,
quería, a toda costa, ser honrada.
Y hacía bien, porque a los pocos meses,
en una niña prolongó su casta.
Fallado todo intento, y toda súplica
contra su duro corazón fallada,
quien fué cordero, convirtióse en lobo,
y en una noche aciaga

entré a la casa y le robé la niña.
¡Bien sabe el Cielo que temblaba!
Con la niña salí. Sólo quería
tenerla en rehenes. De la tierra llana
salió toda la gente contra mí,
y tuve que escapar, como el que mata
a un hombre. Me embarqué. Mas antes de ello,
por no dejar la niña abandonada,
confesé mi delito a una mujer
madrina mía, que por mí cegaba,
y la encargué que devolviera el ángel
a sus padres. Temió que la enjuiciaran;
no sé lo que temió; sé solamente
que años más tarde, al regresar a España,
averigüé que la mujer aquélla
había muerto ya; que una gitana
se quedó con la niña; que las dos
en una caravana
de cómicos de pueblo malvivían,
y...

PAULA. No sigas: Fuensanta
es la hija de Hipólito. ¡En verdad
que tienes en tu mano la venganza!

SAL. La justicia, no más que la justicia;
la que la voz de Dios hacer me manda.
Y ya lo sabes todo. Si la historia
te asusta y nos separa;
si te quieres marchar, yo te pondré
donde a salvo te encuentres de amenazas
Pero a mí hay que tomarme de este modo,
sin dudar, como soy. Cuando se ama,
se cree o no se cree; pero nunca
se vacila, si hay fe.

PAULA. Salvador, basta.
A ciegas era tuya para siempre,
y a mí nada me cambia.
Valiente soy, te quiero,
y ya, puesta a querer, voy abnegada
hasta la muerte misma, si es preciso
morir para salvarte.

SAL. ¡Oh, gracias, Paula!

(Salvador, conmovido, la estrecha entre sus brazos y dice luego, muy alegre, después de una pausa:)
Y ahora, mírame bien, que pueda verte
bien a mi gusto y a mis anchas,
que los minutos se me vuelven siglos
cuando no puedo contemplar tu cara.

PAULA. ¡Grandísimo ladrón! ¡Suelta esa mano,
que mientes más que hablas,
pues si fuera verdad eso que dices,
cuando te vas de caza
volverías más pronto, tan siquiera
porque yo estoy aquí muerta de rabia!
Y de sobra se habló. Me voy adentro,
que el fogaril me aguarda
para apañarte la comida.

SAL. ¡Manos
de milagro y de gracia
le echarán la pimienta!

PAULA. ¡Alabancioso
es el bandido que me roba el alma!
(Dice, riéndose, y se va. Salvador, lleno de orgullo, exclama:)

SAL. ¡Ahora que suban a quitar, si pueden,
esta mujer a Peñalara!
(Apenas vase Paula, sale de nuevo Martinillo.)
Ven aquí, Martinillo. Estoy contento.
Tengo ganas de hablar a voz en grito,
y pues que alguien escuche necesito,
prepárate a escuchar y toma asiento.
Consejos te daré para tu bien.

MARTI. ¡Gozoso te he de oír qué me aconsejas;
que si tú estás alegre, yo también!

SAL. Pues atento me está.

MARTI. Soy todo orejas.
(Martinillo se dispone a escuchar, encaramándose al parapeto del foro.)

SAL. Oye, Martín. Aunque apenas el bozo
sobre tu labio se ve todavía,
como te juzgo que ya eres un mozo,
lleno de fuerza, valor y osadía,

para que, haciéndote un hombre a mi lado,
puedas mañana luchar y vencer,
pon atención, que con todo cuidado
voy a decirte lo que has de saber.
Has de saber que tu tino responda
a tu mirada, de modo y manera
que cuando silbe en tus manos la honda,
caiga la piedra en el blanco, certera.
Buen tirador, no ha de dársete el caso
en que te falle la bala una vez,
y si levantas diez piezas al paso,
has de tirar y cobrarte las diez.
Y cuando acierte con la madriguera
de la alimaña tu olfato de perro,
estrangular y vencer a la fiera
sin más dogal que tus dedos de hierro.
Tal, cabalgando, ha de ser tu coraje,
que sin espuelas, sin freno ni brida,
puedas montar en un potro salvaje
hasta dejar a la bestia rendida.
Has de vencer al novillo en acoso,
y has de aguantarle tan bien el envite,
que aunque se arranque derecho y furioso,
un garrochazo no más necesite.
Y has de abrazar las mujeres hermosas
con tal calor y tan honda ternura,
que se te rindan, cual todas las cosas,
bajo el poder de tu mano segura.
Esto, en tu modo de ser para con
lo material, lo que tienes delante.
Ahora, óyeme con mayor atención
cómo has de ser para tu semejante.
Has de saber dominar el instinto
cuando el instinto te pida matar,
y has de volver el cuchillo a tu cinto
si sólo el odio te lo hizo empuñar.
Mas clávale, hasta sentir que se embota,
en el que quiso atacarte iracundo;
pues vale más de tu sangre una gota
que la de todos los hombres del mundo.
Nunca te ciegues. Vé siempre en la vida

cuanto el peligro es mayor, más sereno;
pero prepárate bien la salida,
y antes de entrar, reconoce el terreno.
Líbrate siempre del yugo del mando;
pero si de él no te puedes librar,
sé tú el que mandes a todos, y cuando
no te obedezcan, renuncia a mandar;
que es más hermoso dejar el poder
que conservarlo merced al verdugo.
¡Y, sobre todo, es mejor no tener
que soportar ni imponer ningún yugo!
Sal fiador de mujeres y niños;
que ellas son molde de todo mortal,
y ellos son almas, como albos armiños,
aún no manchadas del fango carnal.
Y si después de escuchar mi consejo
no eres en algo de igual parecer,
no me obedezcas por ser el más viejo:
¡tu voluntad sobre todo has de hacer!
(Terminada la relación de Salvador, Martinillo, que, escuchando atento y a horcajadas en la tapia, miraba hacia el valle, exclama de pronto, fijándose en algo que simula ver allá abajo, en el fondo del precipicio:)

MARTI. Baja la voz, que un caballo se ha ido.
(Pausa. Mirando hacia abajo.)
Va por allí donde vuela un azor.

SAL. Calla y escóndete, que no sientan ruido.
(Martinillo se baja de la tapia, y, asomando solamente la cabeza, sigue escudriñando el abismo. Otra pausa.)

MARTI. ¡Mira el jinete quién es, Salvador!
(Salvador se acerca también al tapiadillo. Mira en la dirección que le indica Martín, y añade, iracundo:)

SAL. ¡Ira del Cielo! ¡El maldito atrevido
dió con el rastro, y se acerca!

MARTI. ¡Mejor!
(Martinillo ha cogido la escopeta de Salvador y se dispone a disparar. Salvador se lo impide.)

SAL. ¿Qué vas a hacer?
MARTI. Ya lo ves. ¿No aconsejas
que nunca deje una pieza escapar?
¡Pues ésta es buena!
SAL. ¡No tires!
(Le quita la escopeta de las manos y carga un guijo en su honda.)
MARTI. ¿Le dejas
que escape libre?
SAL. Le quiero cazar
sano y con vida.
MARTI. ¿Y tu honda le espera?
SAL. A derribarle en el césped mullido.
(Pausa. Los dos, en silencio, simulan esperar el momento propicio para no errar la pedrada.)
MARTI. ¡Tírale ya!
(Salvador dispara la honda. Otra pausa.)
¡Bien! ¡Pedrada certera!
De su caballo el jinete ha caido,
y que al caer se mató, se dijera.
SAL. Es nada más que cayó sin sentido.
Yo eso quería: cazarle y no herirle.
Coge unas cuerdas y ven tras de mí.
Hay que amarrarle y habrá que subirle
sobre su propio caballo hasta aquí.
(Vase Salvador. Martinillo coge unas cuerdas y vase tras él. En seguida entra Saturnino, que les ha estado espiando.)
SATUR. Lleva a la grupa una moza
el Bandido de la Sierra;
si alguno quiere quitársela,
que suba al monte por ella.
Tal, la copia que dijiste;
más vale no la dijeras,
que en el llano también hay
quien a quitártela venga.
(Vase sigilosamente por detrás de la choza. Vuelven Salvador y Martinillo, que traen a Hipólito desvanecido y maniatado. Salvaaor trae la escopeta de Hipólito. Sientan a Hipólito en

el banco que rodea al pino, recostándole sobre el tronco de éste.)

MARTI. Pesa la carne de un amo.

SAL. Menos que parece pesa;
que no hay carga fatigosa
cuando soltarla se espera.
Déjale que vuelva en sí.
Vete, y que Paula no sepa
que está aquí. Me importa mucho,
para ajustarle las cuentas,
quedarme a solas con él.
(Vase Martinillo. Pausa. Salvador examina la escopeta de Hipólito.)
¡Magnífica es la escopeta!
¡Arma de rico! Lustrosa,
pesada, segura y recia.
(Dejándola apoyada en el parapeto, junto a la suya.)
Pero este arma necesita
una mano como ésta.
(A Hipólito.)
¡Mucho hierro es para ti!
(Observando que Hipólito despierta.)
Parece que ya despierta.
(Hipólito recobra el sentido, presa del mayor asombro. Salvador le contempla friamente, cruzado de brazos.)

HIPO. ¿Qué es esto? ¿Dónde estoy, que me han [atado?
¿Quién eres tú, pastor o aventurero?

SAL. Salvador Peñalara, el bandolero.

HIPO. ¡Peñalara el bandido! Me has ganado
la delantera. Pero estoy guardado
por mis criados.

SAL. Aunque el bosque atruenes
con tu grito de guerra,
ninguno acudirá. Mando en la sierra,
como tú en el casar de donde vienes.
(Pausa.)
¿No me buscabas? Pues aquí me tienes.
Te he ganado la mano

para acabar de un golpe nuestro asunto.
Cuando una cosa se persigue en vano
y se da la ocasión de hallarla a punto,
no desaprovecharla es conveniente;
y, pues hoy nuestra suerte lo ha querido,
ya estamos frente a frente
el jaque y el bandido.

HIPO. Frente a frente los dos. Mas considera
de qué manera estamos cada cual.

SAL. ¿Qué tienes que decir de la manera?
Como es justo que estemos. ¡Bueno fuera
que te tratase yo de igual a igual!
Atado te tendré mientras te digo
lo que decirte quiero.
Después te soltaré. Soy el primero
en no sacar ventaja a un enemigo.
(Otra pausa.)
Si tan valiente eres,
en andar tras de mí no has de cansarte.
Ya me tienes aquí. ¿Qué es lo que quieres?

HIPO. Nada más que una cosa.

SAL. ¿Y es...?

HIPO. ¡Matarte!

SAL. ¡Valentón que te veo! ¿Y nada más?

HIPO. Matarte y recobrar todo lo mío.
A Paula, lo primero.

SAL. ¡Eso, jamás!
¡A eso sí que te emplazo y desafío!
Ni es tuya, ni lo fué; que sólo es nuestra
la mujer que se entrega enamorada;
no la que cae avasallada
por el que la envilece y la secuestra.

HIPO. Pues propongo una tregua en el combate.
¿No pedías que hablara claro y presto?
¿Cuánto quieres por Paula? Estoy dispuesto
a pagar a buen precio su rescate.

SAL. ¡Pero qué miserable y qué cobarde!
Si hubierá yo querido ese dinero
de que haces tanto alarde,
¿no lo tendría ya? ¿No me apodero
de cuanto tienes como bien guardado?

¡Siendo el único don que te he dejado,
será lo único tuyo que no quiero!

HIPO. ¡Pero lo mío, es mío, y no eres quién
para quitarme así lo que he comprado!

SAL. ¿Con tu dinero fué? Pues lo has robado.
El dinero es un medio de apropiarse,
como lo es un puñal o una escopeta;
pero es arma cobarde y alcahueta,
porque ni hay que arriesgarse
ni hace sangre ni ruido, aunque acometa.
Conque no insistas más. Yo seguiré
lo mismo que hasta aquí.
Cuando tenga hambre o frío, robaré.
Pero, si eres el amo, para ti.
Yo nunca necesito del dinero,
porque tomo las cosas con la mano.
No hacerlo fuera indigno; que no en vano
Salvador Peñalara es bandolero.
(Cogiéndole violentamente de la solapa.)
Mírame bien. Así. ¿No me conoces?
¿Te has olvidado ya de aquel zagal
a quien sólo merced a tu caudal
robaste una mujer? ¿No oyes las voces
de tu conciencia—aunque te pese, justa—
gritarte que aquel mozo
al que arrancaste para siempre el gozo
es el mismo bandido que hoy te asusta?

HIPO. *(Aparte. Reconociéndole.)*
¡Fatalidad! ¡Es él!
(Alto. Rehaciéndose.)
Ya esto es demás.
¡Ni sé cuál es la historia que me cuentas,
ni yo estoy para historias!

SAL. ¡Lo estarás
por fuerza o pagarás
al precio que yo quiera tus afrentas!

HIPO. ¡Que basta ya, te digo,
y que no he de escucharte tu relato!

SAL. ¡Pues no me has de escuchar, si yo te obligo!
¡Mira, Hipólito Recio, que te mato!
(Salvador se quita unas medallas que lleva al

cuello colgadas de una cadena, y dice así, serenamente.)
Gusto llevar sobre mi corazón,
porque soy un cristiano de verdad,
estas medallas que mi guarda son:
la Cruz, el Redentor, la Soledad.
Pero hay entre ellas una preferida,
que tiene para mí raro poder:
¡la llevaba del cuello suspendida
un arcángel en forma de mujer!
El ángel me la dió por gratitud,
y tal es la medalla milagrosa,
tan rara su virtud,
que irá conmigo hasta la misma fosa.
(Mostrándosela.)
¡Mírala! Piensa bien si te es extraño
lo que me has escuchado con desprecio.
Ya lo ves: por delante reza un año;
un nombre por detrás: "Fuensanta Recio".

HIPO. *(Reconociéndola, asombrado.)*
¡Su medalla! ¡Es verdad!

SAL. Pero acabemos.
Mía es tu hija, como lo es tu amante.
Y ahora pregunto yo: ¿tienes bastante
para que su rescate negociemos?
¿Cuánto ofreces por ella? Puja fuerte
porque la vendo cara.

HIPO ¡Oh, qué villano!

SAL. ¡También en esto te gané la mano!
Ya vas viendo que en todo he de vencerte.

HIPO. Por eso no querías mi dinero.
Con creces me lo habías de pedir.
¡Pues no te lo he de dar! ¡Antes morir
que humillarme a un ladrón!

SAL. *(Con desprecio.)*
¡Ni yo lo quiero!
Pero piénsalo bien. Yo no te engaño,
y como Dios es justiciero,
todo el daño que me hagas será el daño
de la propia Fuensanta, ¡te lo juro!
Si no me tratas más como a enemigo,

no volverá mi mano, está seguro,
a poner en tus bienes su castigo.
Mas si todo lo dicho ha sido en vano,
si prosigue por ti nuestra querella
y andas tras de mis pasos al acecho,
¡allí donde me salgas al camino,
sin decirte palabra, te asesino
metiéndote las cachas en el pecho!
(Desatándole.)
Y ahora, libre estás.

HIPO. *(Yéndose a él, decidido.)*
¡Eso quería!
¡No habiendo ya ventaja de tu parte,
cada cual va a probar su valentía.
y a morir o a matar!

SAL. *(Haciéndole frente.)*
¡Pues a matarte!
(Van a acometerse, cuando en lo alto de la senda, al borde del abismo, aparece Saturnino, llevándose a Paula a viva fuerza. Paula pide socorro a Salvador. Este la ve y corre en su ayuda, poniéndose junto a ella de dos saltos, como un tigre. Salvador y Saturnino luchan brevemente. Saturnino se despeña por el abismo, y Paula queda en brazos de Salvador. Hipólito, aprovechando la ocasión, anima de palabra a Saturnino, y cogiendo una de las dos escopetas que quedaron apoyadas en el parapeto, dispara sobre Salvador. Pero en el mismo momento aparecen en la senda Fuensanta, Martinillo y Trampolín, que acuden a las voces, y el tiro hiere a Fuensanta, que cae a tierra.)

PAULA. *(Con acento angustioso.)*
¡Salvador!

SATUR. ¡Ya eres mía!

SAL. *(Corriendo al verla.)*
¡Paula!

PAULA. ¡Corre!

HIPO. *(Gozoso.)*
¡Por fin te hemos ganado!

SAL. *(Apareciendo en la senda.)*
¡A traición!
HIPO. ¡Animo, Saturnino! ¡Nuestros son!
(Luchan. Saturnino se despeña.)
SAL. ¡Al abismo se fué!
PAULA. ¡Dios nos socorre!
(Hipólito dispara. Fuensanta cae.)
SAL. ¿Qué has hecho? ¡Era Fuensanta!
(Hipólito cae de rodillas.)
HIPO. ¡Maldición!

TELÓN

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto primero, en un día de sol, por la mañana. En escena, Trampolín, sobre una esterilla de gimnasta y vestido de payaso, hace equilibrios con una silla sobre la nariz. Fuensanta y Andrea, sentadas, le contemplan. En el rostro de Fuensanta se advierten las huellas del dolor y la fiebre.

TRAM. El sostener una silla
encima de la nariz
no es cosa que maravilla,
mas no es arte tan sencilla
que haga cualquier infeliz
artista de la esterilla.
Pues con el menor desliz
se cae la silla al tapiz,
y si debajo nos pilla,
da, cuando no en la nariz,
en la barbilla,
y a veces en la cerviz
o en la rabadilla.
Cosa que el arte amancilla,
porque deja cicatriz,
o, por lo menos, humilla
al artista, a la nariz

y a la silla.
(En este momento la silla pierde el equilibrio y cáese, dando en la cabeza a Trampolín.)
FUEN. ¡Ay, de ti; que se ha caído!
AND. Sufriste la humillación.
(Trampolín se frota cómicamente el occipucio.)
FUEN. ¿Qué te pasa? ¿Te has herido?
TRAM. No, princesa. ¡Me ha salido
un chichón como un limón!
FUEN. Pues bastante hemos reído;
conque acabó la función.
TRAM. A vuestra disposición;
que bien nos hemos lucido
yo, la silla y el chichón.
(Pone la silla en su lugar, recoge la esterilla y se va.)
FUEN. El pobre Trampolín quiere que ría
y casi hace llorar cuando a la estera
sale vestido de payaso triste.
AND. Desea entretenerte.
FUEN. Lo desea
como el que quiere embellecer las horas
del sentenciado a quien la muerte espera.
AND. No digas eso tú, que te curaste
de una herida mortal.
FUEN. Mortal, Andrea,
sigue siendo la herida; que ha cerrado,
pero por dentro carcomiendo queda.
¡Siento morir tan pronto, cuando estaba
mi vida en una alegre primavera!
AND. Nunca te has decidido a referirme
todo lo que pasó la noche aquélla.
FUEN. Cuando me hirió mi padre y conoció
que la víctima suya era quien era,
pensó morir y enloquecer. Mas hombre
en quien vence la ira a la flaqueza,
se sobrepuso a todo, y, vengativo,
cometió, por vengarse, las torpezas
que tanto contribuyen a mi daño
y que hoy, al verme así, tanto le pesan.

Ciego de ira, de despecho ciego,
huyó, montaña abajo, hasta la aldea,
en busca de sus gentes, que subieron
—tú lo sabes—con hachas y escopetas,
no sin antes dar parte a la Justicia
para que al noble Salvador prendiera.

AND. ¿Y os cogieron a todos?

FUEN. ¿Cómo no?
De no ser como fué, no nos cogieran;
pues Salvador, cuando me vió tendida,
tomándome por muerta,
se entregó al sentimiento como un niño,
y perdió, como un niño, la entereza.
Sólo así le cogieron. De otro modo,
a no ser muchos más y por sorpresa,
los hubiera vencido. Le amarraron;
me tendieron sobre unas parihuelas
y nos bajaron al partido a todos
cuando apuntaba la primera estrella.

AND. Yo lo vi. Y el cortejo conmovía
como si a darte sepultura fueran.
Te trajimos aquí, te aposentamos
y curamos tu herida.

FUEN. Y sin que sepa
cuándo ni cómo, recobré el sentido
en el lecho en que dicen que naciera.

AND. ¿Y Paula? ¿Cómo huyó? ¿Por qué escapó,
que nadie ha vuelto a tropezar con ella?

FUEN. ¡Cómo huyó! ¿Quién lo sabe? Como pudo.
Por qué huyó, lo sospecho.

AND. ¿Qué sospechas?

FUEN. Por miedo a la venganza de mi padre
y por seguir de Salvador las huellas.
Lo demás, ya lo sabes. Han pasado
ya varios meses desde aquella fecha
y yo he sufrido tanto en este tiempo,
que estoy cambiada, como si otra fuera.
Tú y Justa me cuidáis. Siempre leales
Martín y Trampolín—almas gemelas
en su cariño para mí—, jamás
dudaron en hacerse prisioneras

de mi padre, y expuestos a sus iras
antes que abandonarme, las sufrieran.
Pero hablo de Martín sin reparar
que tú le quieres y amorosa celas.
De mí no tengas celos, porque yo
le quiero, sí, mas como hermana buena.
¡Nunca pude quererle de otro modo!

AND. ¿De verdad? ¿No me engañas? De manera [que...

FUEN. ¡Aún puedes esperar en su cariño!
¡Muy pronto le tendrás! ¡Cuando yo muera!

AND. Sin protesta, Martín me abandonó;
sin protesta, pensé que no volviera;
y ausentes Paula y él, ya resignada,
fué tal mi indiferencia,
que hasta llegó un momento en el que estuve
a punto de rendirme a las ofertas
y perder el honor.

FUEN. ¿Tú?

AND. Por el tío.

(Ingenuo asombro de Fuensanta.)

FUEN. ¿Por mi padre?

AND. Por él.

FUEN. Pues ¿te corteja?

AND. Ya no. Todo pasó. Por suerte mía,
cuando empezaba a descarriar la senda,
vino Martín contigo, y la ceniza,
dentro de mí, se convirtió en hoguera.
Por cierto que hoy no he visto a Martinillo.

FUEN. Yo sí. Salió temprano a herrar las yeguas.

AND. Pues ya tarda en volver de la herrería
más de lo que debiera.

(Fuensanta se asoma a la ventana.)

FUEN. Pero ¿qué pasa allí, que hay tanta gente?

AND. ¿Qué ha de pasar, mujer? Que hoy es la fiesta
de la ermita del valle, y que la torre
estrena, por ser hoy, campana nueva
y aguardan a que toque cuando saquen
a la Virgen en andas.

(Pausa. Fuensanta queda pensativa.)

¿En qué piensas
que tan absorta estás?

FUEN. En unas cruces
que veo allí, tras de la tapia aquélla.

AND. ¡Qué tristes pensamientos tienes hoy!
Pero mira, tu padre a punto llega.
Te dejo aquí con él. Voy a vestirme
y a colocarme la mantilla negra,
que soy hermana de la Cofradía
y he de ir del cortejo a la cabeza.
(Entra Hipólito. Trae varios paquetes, que deja sobre la mesa. Fuensanta intenta detener a Andrea.)

FUEN. No te vayas por él.

HIPO. Calla, muchacha;
déjala que se marche a su faena.
(Andrea vase en silencio.)

FUEN. ¿Por qué? ¿Le estorba?

HIPO. No; pero que quiero
sólos hablar los dos a nuestras anchas,
y ella, al fin, no es mi hija.

FUEN. Como a tal
me ha hecho usted la promesa de tratarla.

HIPO. No es el caso lo mismo. A ti y a mí
la voz de nuestra sangre nos enlaza.

FUEN. ¿Y eso qué es?

HIPO. La casta. La atracción
que sienten dos personas y dos almas
cuando una es carne de otra.

FUEN. ¡Ah! ¿Sí? Pues yo
aún no he sentido esa atracción extraña.
Mi padre es Salvador.
(Hipólito hace un gesto de contrariedad.)

HIPO. Acércate,
y si te gustan dime estas alhajas
que para ti he mercado. Hoy es la fiesta,
y en ella quiero que te luzcas maja.
(Se acercan los dos a la mesa, e Hipólito va deshaciendo los paquetes y mostrando a Fuensanta los objetos que trae.)
Mira este prendedor.

FUEN. *(Con indiferencia.)*
Muy lindo que es.
HIPO. Y estos anillos y estas arracadas.
FUEN. Preciosos todos.
HIPO. Te compré también
un traje de merino y unas sayas
como nunca se vieron en Castilla.
FUEN. *(Siempre fría.)*
Es demasiado para mí. ¿A qué tantas
cosas hoy?
HIPO. *(Con enfado.)*
Dices bien.
Son demasiadas galas,
a juzgar por lo fría que recibes
el presente.
FUEN. ¿Quería que bailara
de contento?
HIPO. No sé. Verte quería
más feliz, más risueña y animada.
¡Se gasta uno contigo un capital,
y ni lo estimas, ni te cae en gracia!
FUEN. *(Aparte.)*
Todavía le queda la costumbre
de arrojar los favores a la cara.
(Alto.)
No habérselo gastado para mí,
que a estas cosas no estoy acostumbrada.
HIPO. Pues te has de acostumbrar, que eres mi hija
y eres dueña y señora de mi casa.
FUEN. *(Dócil.)*
Puesto que usted lo dice, así será.
Pero he de cambiar yo más que hasta aquí,
o ha de cambiarse más toda la casa
para que en ella esté yo a gusto.
HIPO. Ya
poco a poco vas viendo cómo cambia
tal que Hipólito Recio, que al mirarse
ve que ni es ya su sombra, por tu causa.
(Con gran ternura.)
¿Y qué no pedirás que no consigas?
¿Qué no desearás que yo no haga

para borrar de mí el remordimiento
de haber sido yo mismo el que la bala
disparó contra ti, y el que vertió,
sin quererlo,
tu sangre inmaculada?

FUEN. No se vuelva a acordar de lo pasado.
¿Ve usted? Ya me ganó. Que así se gana
mi simpatía y mi cariño: hablándome
como yo quiero, al corazón.

HIPO. ¡Fuensanta!

FUEN. Y ahora vamos a ver si los asuntos
van, en manos de usted, con buena marcha.
(Una pausa. Fuensanta se acomoda como erigiéndose juez de Hipólito.)
¿Se ha decidido usted a perdonar
lo que sus labradores le adeudaban,
y a no volver a dedicarse al préstamo,
que, a más de cosa fea, es inhumana?
¿Pondrá sus influencias en la Corte
para evitar condenen a esos guardas
que hizo usted procesar injustamente
por sus luchas políticas?

HIPO. *(Interrumpiéndola.)*
¡Muchacha!

FUEN. *(Sin hacerle caso.)*
¿Fundará ese refugio de que hablamos?
¿Dotará cuatro novias cada Pascua?
¿Dará su nombre a cuantos fueron hijos
de sus amores con las aldeanas?

HIPO. Espera. ¡Tanto pides!...

FUEN. Pido poco
para lo que debía.

HIPO. Mas, repara...

FUEN. En nada, señor padre. Cúmplalo,
y ello prueba será de que usted cambia.

HIPO. Y locura también perder la renta
que al año con los préstamos entraba,
y locura soltar a los matones
del cacique rival; locura...

FUEN. *(Poniéndose en pie.)*
Basta.

Déjeme y no prosiga, señor padre.
(Hace intención de dirigirse a su aposento. Hipólito la sigue, tratando de convencerla.)

HIPO. Escúchame, mujer.

FUEN. No escucho nada.

HIPO. *(Vencido ya.)*
¡Que nunca he de poder hablarte a gusto,
a solas y con calma!
No te vayas. Se hará lo que tú quieras.

FUEN. ¿Perdonará las deudas?

HIPO. Perdonadas.

FUEN. ¿Dará suelta a los guardas?

HIPO. La daré.

FUEN. ¿Dotará cuatro novias?

HIPO. Cada Pascua.
Y todo lo demás se cumplirá,
que ya en todo me mandas
por la fuerza que tienes.

FUEN. Poca tengo,
pero con ella le he vencido. Gracias.
(Con vivo interés.)
¿Visitó usted al juez? ¿Sembró dinero
donde era conveniente lo sembrara?

HIPO. Todo se hizo.

FUEN. ¿Y qué?

HIPO. Sin resultado.
De Paula no se sabe. Sospechaban
que Martín, el cabrero, ese maldito
que, a no impedirlo tú, me las pagara,
la vió más de una vez; pero no quiere
soltar prenda.

FUEN. Bien hace en no soltarla,
que escarmentado está. Mas no lo creo.

HIPO. En cuanto a Salvador, tampoco hay nada
que por él pueda hacerse. Si declaro
nuevamente, fingiendo que acusaba
con falsedad a Salvador, y aceptan
que mi anterior declaración fué falsa,
él libre quedará; mas por calumnia
yo iré a ocupar en la prisión su plaza.
No nos queda, a mi ver, otro remedio

que comprar al Jurado de la causa
y esperar.

FUEN. ¡Esperar! Pero eso es largo
y expuesto a dilaciones y mudanzas.
¿Para qué sirve entonces el dinero
si en la ocasión que se precisa falla,
incapaz de evitar una injusticia?
¿Veis? ¡Si no puede ser! ¡Si cuando os llaman
padre mis labios, en el fondo mienten
y os acusan y os odian y os delatan,
porque perdisteis malamente a un hombre!
¡Que así sois de funesto!

HIPO. ¡Calla, calla,
o no podré sufrir que tú me acuses!

FUEN. Le acuso y le castigo con la espada
de fuego del Arcángel por la culpa
de vivir para el odio y la venganza.
¡Y aún dice que me calle y que le quiera!
¿Pero me juzga usted tan sin entrañas?

HIPO. *(Transición. Vivamente emocionado.)*
Lo que quieras haré. Tuya es mi hacienda
y mi vida y mi alma.
Tómalo todo tú. Juega con ello
como mejor te plazca.
Y mira si te pruebo mi cariño,
que aunque yo en la prisión muriendo vaya,
dichoso como nunca me tendrás,
si sé que alguna vez, en mi desgracia,
piensas un poco en mí y, enternecida,
dentro del corazón padre me llamas.
(Cae gimiendo a los pies de Fuensanta. Elia, conmovida también, le obliga a levantarse.)

FUEN. Padre: levántese. Yo le perdono.
No quiero el sacrificio de que habla.
Venga aquí. Tome un beso. Es el primero.

HIPO. *(Loco de júbilo.)*
¡Qué dices! ¿Es verdad ventura tanta?
(La estrecha entre sus brazos un momento, y el llanto llena la solemne pausa.)

FUEN. Y ahora, para acabar, quiero pedirle
que me otorgue una gracia.

HIPO. Ya es tuya.
FUEN. Pues la Virgen
en procesión hoy sacan,
quiero bajar con todos a la ermita
para verla y rezarla.
Un voto voy a hacerla, y ha de ser
delante de ella arrodillada.
¿Vendrá usted a buscarme para ver
también la bendición de la campana?
HIPO. Sí, vendré.
FUEN. Pues andando. Vaya usted
a preparar la fiesta, y yo de gala
me pondré mientras tanto. ¿Está contento?
(Pausa. Hipólito la contempla embelesado.)
Pero ¿por qué me mira?
HIPO. Te miraba
porque pienso al mirarte que a la Virgen
no tienes que ir a ver: ¡está ya en casa!
(Vase Hipólito y sale Trampolín. Se ha quitado ya el traje de payaso.)
FUEN. ¿Oíste, Trampolín? ¡Que no hay remedio!
¡Sólo el dolor a Salvador aguarda!
TRAM. Ya lo oí. Mas ¿quién sabe? Tú lo has dicho:
hay que esperar en el que siempre ampara.
(Fuensanta se dirige a su aposento.)
Pero ¿adónde te vas?
FUEN. Adentro.
TRAM. ¿Sola?
FUEN. Sola, no; con mis lágrimas.
(Trampolín se tumba, como de costumbre, y, mientras enciende su pipa, murmura:)
TRAM. ¡Quién lo hubiera pensado! ¡El, que escapó
de tantos cepos y de tantas trampas!
(Sale Justa, la vieja.)
JUSTA. ¿Trabajando, como siempre?
TRAM. Como siempre, trabajando.
JUSTA. Si conmigo te casaras
ya te diera yo trabajo.
TRAM. Lo creo. Pero no sueñes,
que contigo no me caso.
Viuda vieja es gata vieja,

y las gatas... ¡para el gato!

JUSTA. Pues "Tumbón y solterón
—dice el refrán—, ¡buen hallazgo!"
Pero dí, ¿qué pasa en casa?
¿Qué mal de ojo la ha hechizado?
¿No eres de Fuensanta amigo?
Pues tú debes saber algo.
¿Qué la pasa? ¿Qué te ha dicho?
¿Qué es lo que habló con el amo?
¿Llora? ¿Sufre? ¿No le quiere?
¿Se mejora? ¿Se ha agravado?

TRAM. Preguntáis más las mujeres
que en un juicio un abogado.
Nada sé. Y aunque lo sepa,
no esperes que he de contarlo.
(Sale Andrea entocada con manteleta negra. Trampolín, al verla, se levanta de mala gana.)

AND. ¿Llamaron a misa ya?

JUSTA. No, mujer; aún no llamaron.

AND. ¿Vino Martinillo?

JUSTA. No.

AND. *(Aparte.)*
¡Siempre esperándole en vano!
(Alto.)
Pues adiós. Si alguien me busca,
le decís...

TRAM. *(Atajándola.)*
Que te has marchado.

AND. *(Secamente.)*
No tengo humor para bromas.

TRAM. Pues enmudeció el payaso.
(Vase Andrea.)

JUSTA. ¿Lo has visto? Se marcha como
alma que lleva el diablo.
Yo no soy supersticiosa;
pero ya voy cavilando
si estarán todos aquí
desde algún tiempo embrujados
por esa espantosa bruja
que al pueblo tiene asustado.

TRAM. "No creas lo que no veas",

ha dicho no sé qué santo.
¿Tú la has visto?

JUSTA. Sí. Una noche
por las cruces del Calvario.
(En la puerta del foro aparece Paula, cubierta por un severo manto. Justa y Trampolín, que están de espaldas a ella, no la ven. Paula no se atreve a entrar, y dice desde la puerta con voz apagada, como un eco:)

PAULA. ¡Justa!

JUSTA. ¿Quién llama?

TRAM. Esa voz...

PAULA. Aquí, en la puerta.

JUSTA. *(Asustada al verla.)*
¡Dios Santo!

TRAM. ¿Paula aquí?

JUSTA. Creía que era...

TRAM. ¿Quién?

JUSTA. ¡La bruja del Calvario!

PAULA. *(Temerosa.)*
¿Está Hipólito?

TRAM. No está.

JUSTA. Pasa, que se fué hace rato.

PAULA. ¿Y Fuensanta?

TRAM. Mal, muy mal...

PAULA. Ya lo sé. Me lo ha contado
Martín. He venido a verla
por lo mucho que la amo.
¡Me expongo a tantos peligros
viniendo aquí! Pero vamos.
Vé a avisarla. Estoy perdida
si él vuelve. Tú, Justa, en tanto,
cuida la puerta.

JUSTA. Voy.

TRAM. Voy.
más que corriendo, volando.
(Trampolín vuelve a los pocos pasos.)
Mas, procedamos con tino.
Escóndete en ese cuarto
mientras la advierto primero
tu presencia.

PAULA. Dentro aguardo.

(Paula se va. Justa queda en la puerta del foro, más curiosa de lo que pasa dentro que atenta al exterior. Trampolín se dirige a la puerta por donde fuése Fuensanta, y llama:)

TRAM. ¡Fuensanta! ¡Fuensanta!

FUEN. *(Dentro.)*
¿Qué?

TRAM. Sal, que te tengo un regalo.

(Sale Fuensanta vestida con el traje típico de aldeana rica.)

FUEN. ¿Tú también?

TRAM. ¿Cómo también?
¿Pues alguien te ha regalado?

FUEN. Ya lo ves.

TRAM. ¡Rico presente!
Pues mira, el que yo te traigo,
si no es de tanto valor,
ha de ser más de tu agrado.
A ver si aciertas lo que es.

FUEN. A ver si lo acierto. ¿Un pájaro?
¿Un ruiseñor? ¿Una tórtola?

TRAM. Mejor.

FUEN. ¿Mejor? ¿Será un ramo
de lirios y margaritas
que hayas cogido en los prados?

TRAM. ¡Mucho mejor todavía!

FUEN. Pues dímelo, ya que al cabo
no acertaré lo que traes.

TRAM. No te emociones. Te traigo
¡a Paula!

FUEN. ¡A Paula! ¡Jesús!
¿Y en dónde, no siendo mago?
¡Ojalá que así lo fueras,
y la hubieras encantado,
convirtiéndola en paloma,
como en el cuento! ¡Y mis manos
quitaran el alfiler
en su cabeza clavado,
y Paula misma en persona
volvería de su encanto!

PAULA. *(Apareciendo.)*
¡Pues en persona me tienes
aquí contigo!
FUEN. ¡Milagro!
¡Oh, qué alegría! ¡Por fin!
PAULA. ¡Fuensanta!
FUEN. ¡Cuánto has tardado!
(Se abrazan tiernamente, y Trampolín le dice a Justa muy conmovido:)
TRAM. ¡Hay escenas que conmueven
a los robles!
(Justa, queriendo hacerse fuerte, pero enternecida también.)
JUSTA. ¡Sois muy blando!
A mí, no.
TRAM. Dije á los robles.
¡A las grullas no he nombrado!
(Justa y Trampolín se van discretamente: él, al interior de la casa, y ella, a vigilar la puerta del foro.)
PAULA. *(Acariciándola.)*
Déjame que te pueda
mirar la cara.
FUEN. Ya la ves. ¿Qué la encuentras?
PAULA. Que está más pálida.
FUEN. Es la muerte que viene.
La muerte es blanca,
y se copia en mi rostro
como en el agua.
PAULA. ¡Qué cosas dices!
¡Blancos son los azahares
y los jazmines!
¡Tras del invierno,
blanca es la primavera
de los almendros!
FUEN. Pero cuéntame, Paula.
¿Dónde has estado?
¿Lloraste? ¿Padeciste?
Con ese manto
del color de los lirios
y de la noche,

me pareces la Virgen
de los Dolores.

PAULA. ¡Tanto he sufrido,
que mi cara no dice
de mi martirio!
Escapé de la trampa
que nos tendieron.
Desolada y a ciegas
por el despecho,
para saber la suerte
de Salvador,
le seguí hasta la puerta
de la prisión,
y como esos amantes
que por la reja,
cuando ellas les preguntan,
ellos contestan
cantando soleares
o carceleras,
para aliviar el peso
de mi agonía,
canté junto a la cárcel
por si él me oía.

FUEN. ¿Y él qué te dijo?

PAULA. "No desesperes. Pronto
me iré contigo."
Rendida de cansancio
y acongojada,
como hacer no podía
por él ya nada,
volví a la Sierra,
donde es cada matojo
y es cada piedra
un testimonio vivo
de mi ventura,
y hambrienta, solitaria,
casi desnuda,
he sufrido el invierno
con sus rigores
y el acoso incesante
de los pastores,

que al hallarme errabunda
creyeron que era
un fantasma, una bruja,
o un alma en pena.
Fuí de rodillas
por los senderos,
corté la mata
de mis cabellos;
y en las espinas
de los zarzales
dejé encendidas
rosas de sangre.

FUEN. ¡Oh, pobre Paula,
que aspiraba a ser mártir
siendo ya santa!

PAULA. Hasta que un día
un momento en que oraba
y en que gemía,
al volver la cabeza
porque hizo ruido,
me encontré, de repente,
con Martinillo.
Yo me quedé suspensa
y él sorprendido.
Mas, desde entonces,
juntos hemos llorado
y hemos sufrido.

FUEN. ¿Subía a verte?

PAULA. Siempre
que se escapaba.
Yo hablaba del ausente
y él de ti hablaba,
y víctimas iguales
del mismo daño,
una promesa hicimos:
la de salvaros.

FUEN. ¿Y la veréis cumplida?

PAULA. Yo así lo aguardo.

FUEN. Pero ¿pronto?

PAULA. Tan pronto,
que hoy mismo, acaso.

FUEN. ¿Qué es lo que dices?
¡Habla claro! ¡Comprende
mi incertidumbre!
PAULA. Ya hablé de sobra.
FUEN. Sí; demasiado. ¡Para
volverme loca!
El gime en el presidio;
yo aquí estoy presa;
tú me llenas de dudas
hablando a medias,
y aun quieres que no salte
mi corazón,
cuando aguardas hoy mismo
su salvación.
PAULA. ¿Tanto quieres al preso?
FUEN. ¡Tanto le quiero,
que, sin él a mi lado,
perdí el sosiego!
PAULA. ¿Qué es lo que has dicho?
Explícame la clase
de tu cariño.
FUEN. No sé explicarla.
Le quiero... ¡ciegamente!
¡Con toda el alma!
(Apenas acabaron de hablar se oye dentro, poderosa y triunfal, como siempre, la voz de Salvador, que clama así:)
SAL. *(Dentro.)*
¡Atrás los villanos de la serranía!
¡Atrás los que bajan a la romería
gozando en el sol generoso
de todos los bienes y todos los goces!
¡Atrás todos ellos, que ha vuelto el bandido
y viene a cobrarse la deuda en la villa!
(Las dos mujeres, con la ansiedad de la sorpresa, corren a la puerta del foro, a la vez que Justa entraba a prevenirlas.)
FUEN. ¡Oh, Paula! ¡Esas voces!
JUSTA. ¡Fuensanta! ¿Has oído?
PAULA. ¡Por fin se ha escapado!
VOZ. *(Dentro.)*

¡Avisemos a todos! ¡Corramos a la aldea!

OTRA. *(Idem.)*
¡Al ferial!

OTRA. ¡A la ermita!
(Sale Trampolín atraído por las voces.)

TRAM. *(Saliendo.)*
¿Quién es el que vocea?
(Va también con las mujeres a la puerta.)
Martín viene a la zaga triunfador.

JUSTA. ¡Ya están aquí!

FUEN. ¡Descabalgó!

PAULA. ¡Nos ve!

TRAM. Vencieron la justicia y el amor.
(Salen Salvador y Martinillo. Las dos mujeres se abrazan al primero.)

PAULA. ¡Al fin!

SAL. ¡Paula! ¡Hija mía!

FUEN. ¡Salvador!
(Martinillo, humildemente, se acerca a Fuensanta. Ella le estrecha la mano, agradecida.)

MARTI. ¡Fuensanta! ¡Le salvé!
(Cuadro. Todos rodean a Salvador.)

SAL. *(A Paula.)*
¡Mujer! Al fin te veo.
¡Tras de tanto dolor como he pasado
iracundo de verme encadenado
cuando más precisabais de mi ayuda,
ahora, en que se ha cumplido mi deseo,
mi corazón, sobrecogido, duda
si merezco la dicha que poseo!
(A Martinillo.)
¡Oh!, mi bravo Martín, que me has salvado
subiendo por los muros del presidio
como un reptil a la pared pegado,
para darme la lima silenciosa
que convirtió mis horas de fastidio
en libertad gozosa!
¡Y a ti, flor inocente,
divina criatura
casta y pura,
de los pies a la frente

toda resplandeciente
de blancura,
los besos blandos y las brisas puras
volverán a tu pecho su firmeza!

FUEN. ¡Tanta felicidad como aseguras
no puede resistir mi fortaleza!
(Cae desvanecida en brazos de Salvador.)

MARTI. Llevémosla entre todos a su lecho
y que repose en él.

JUSTA. ¡Cordera mansa!

TRAM. ¡Su pobre corazón está deshecho
y a la menor palpitación se cansa!
(Entre Justa, Martinillo y Trampolín se llevan a Fuensanta. Salvador hace intención de seguirlos, pero Paula le detiene amorosa.)

PAULA. Déjalos que la lleven, Salvador.
Ya que a solas estamos,
quiero darte una nueva
que ni pudiste sospechar acaso.
Fuensanta se nos muere.

SAL. Ya lo sé.
Sin remedio.

PAULA. El de Dios. No lo hay humano.
Y como tú pusiste en su cariño
de tu paterno amor el entusiasmo,
Dios ha querido consolar tu pena
valiéndose de mí para lograrlo.
Fuí tu esposa una vez.
Después nos separaron.
Pero de aquella unión, para ventura,
algo eterno ha quedado:
un hijo. En mis entrañas
siento ya su existencia palpitando.

SAL. *(Con súbito júbilo.)*
¿Un hijo tuyo y mío? ¿Un hijo nuestro?

PAULA. Un hijo que redime mi pasado.

SAL. ¿Es cierto, Paula mía? ¡No me engañes,
que mi contento es tanto,
que por temor a ahogarte sin querer
no te estrecho en mis brazos!
¡Un hijo de mi carne y de mi alma,

que será, de seguro, mi retrato!
¡Un hijo, al que yo pueda poco a poco
ir haciendo y formando!
¡Gracias, gracias, Dios mío, por haberme
de una vez tantos bienes prodigado,
que no sé si es verdad lo que me pasa
o estoy desvariando!
(En este momento empieza a oírse el son de la dulzaina y el tamboril, acompañados del estampido de cohetes y petardos, que no dejarán de oírse a intervalos hasta el final del acto. Cuadro. En la puerta del foro aparecen Andrea e Hipólito, seguidos de labradores y aldeanas. Ellas, con escapulario y manteletas. Ellos, con recias capas de paño y sombreros de grandes alas. Andrea, sin reparar en Paula y Salvador, se adelanta al grupo y exclama:)

AND. ¡Fuensanta! ¿Dónde estás? Todos venimos
a por ti.
(Viendo a Paula.)
Pero ¡Paula!
(Se dirige a ella. Hipólito, que ha entrado también en pos de Andrea, dice, también sorprendido al ver al bandido:)

HIPO. ¡Salvador!
(El grupo de aldeanos y labriegos queda también en la puerta, detenido y medroso.)

SAL. Pasen todos. Ninguno se amedrente
si vine a interrumpirle la función.
No es cosa que me gusta, pero hay casos
en que se ha de torcer la inclinación.
Pasa, Hipólito Recio. Esta es tu casa.
Pero antes piensa que en tu casa estoy,
y que si estoy en ella es esperándote
para dar a un asunto solución.

HIPO. *(Evadiéndose.)*
Todo se arreglará; pero no ahora,
que éste no es el lugar ni la ocasión.

SAL. ¿Por qué no es el lugar? ¿Porque es tu casa?
Jamás para ofender se respetó.
Y la ocasión, ¿por qué? ¿Porque hay testigos?

Pues reñir con testigos es mejor.
"Si prosigue por ti nuestra querella
y andas tras de mis pasos al acecho,
allí donde me salgas al camino,
sin decirte palabra, te asesino
metiéndote las cachas en el pecho."
Esto te dijo entonces Peñalara
y ahora va a realizar lo que ofreció.
Y pues no solamente me has seguido,
sino que me has vendido a traición,
prepárate a morir como mereces
que te voy a partir el corazón.
(El grupo, aterrado, permanece inmóvil. Paula y Andrea callan también, asustadas. Salvador saca un cuchillo del cinto, y luego, cogiendo otro que Martinillo lleva también al cinto, se lo ofrece a Hipólito, que lo rechaza.)
Pero toma.
(Le ofrece el cuchillo.)
No quiero que se diga
que no pudiste defenderte.

HIPO. *(Rechazándolo.)*
No.
Mátame si deseas; mas no esperes
que hoy se defienda quien jamás temió.
He prometido respetarte.

SAL. ¿A quién?

HIPO. A quien por ser quien es lo consiguió.

SAL. *(Preparado al ataque.)*
¡Astucias de cobarde! ¡Ponte en guardia!
Sobrada ha sido ya la explicación.
Yo ataco. Tú defiéndete, y a ver
si hay quien se ponga por en medio.

FUEN. *(Apareciendo.)*
¡Yo!
(Ha salido Fuensanta seguida de Martinillo, Trampolín y Justa, y se ha interpuesto entre los dos. Todos quedan suspensos, y Salvador, incapacitado para atacar, permanece con el arma en alto.)

SAL. ¡Fuensanta!

FUEN. Sí; Fuensanta. La que un día
con su cuerpo la vida te salvó.
La Virgen ha querido este milagro.
Para rogarla por vosotros dos
quise bajar hasta la ermita, y ella,
antes de yo bajar, lo concedió.
(En este momento empieza a repicar con alegre tañido la campana nueva de la ermita.)
¡Oíd la voz de la campana nueva,
que es su divina voz!
¡Os lo ruega Fuensanta, la que pronto
no verá más la luz del Sol!
(Vuelven a estallar los cohetes. Ruido de campanas, dulzaina y tamboril. Se arrodillan todos. Salvador cae luego de hinojos. Cuadro y

TELÓN

EPILOGO

La misma decoración del acto tercero. Oscurece. Al levantarse el telón entran por la puerta del foro, transidos de pena, Paula, Salvador, Martinillo, Hipólito y Trampolín. Ellos, sombrero en mano. Hipólito, de luto riguroso. Paula, con su manto puesto. En escena están, en actitud de esperarlos, Andrea y Justa.

SAL. Ya está. Con qué sencillez
vuelve la tierra a la tierra.
HIPO. Pero no llena el vacío
que nos deja.
SAL. El tiempo lo llenará.
El es quien todo lo llena.
PAULA. *(A Martinillo, que, rendido por el dolor, se ha dejado caer en un taburete.)*
No llores, Martín.
SAL. Sé un hombre.
Cuando se es hombre de veras,
ni el dolor nos aniquila,
ni las lágrimas consuelan.
MARTI. ¿Y de qué sirve ser hombre

si los ángeles nos dejan?
SAL. Ahora, a reposar. El sueño
y la luz de un alba nueva
alivio serán de todos
y a todos nos dará fuerzas.
(Pausa. A Justa.)
¿Está el caballo dispuesto?
JUSTA. Ensillado y a la puerta.
SAL. Pues vámonos, Paula, que
la noche cerrando llega,
y antes que se haga el oscuro
y no se dé con las sendas,
hemos de subir al chozo.
HIPO. ¿Os marcháis?
SAL. Vine por ella.
Sólo por Fuensanta vine,
y a cuidarla y defenderla.
Cumplida ya la misión
que a esta casa nos trajera,
cada cual vuelva a su puesto:
tú, a tu soto; yo, a mi sierra.
HIPO. ¿No cejarás en tu empeño?
SAL. No cejaré.
HIPO. ¿Aunque te tienda
—con el olvido de todo
y de amistad la promesa—
la mano franca y leal?
SAL. Aunque por leal la tenga
y la estreche como amigo,
no cejaré.
(Estrecha fuertemente la mano que Hipólito le ha tendido.)
HIPO. Haz lo que quieras.
Pero escucha, Salvador,
y luego que escuches, piensa
que las palabras que hoy digo
salen de mí tan sinceras
porque brotan del dolor
desconocidas y nuevas.
Y no es que me hayas vencido;
no es tampoco que te tema;

no es que haya dado al olvido
tus hazañas y bravezas;
ni que haya Hipólito Recio
mudado de tal manera
que pierda la dignidad
y no sienta ni padezca.
Es que ha visto que el dolor
de ver cubierta de tierra
la carne de nuestra carne,
la luz de la vida nuestra,
borra todos los pesares
anteriores a esta prueba,
como borra los arroyos
el turbión de la tormenta.
Es que reconoce en ti
más justicia que majeza;
y como él es todo un hombre,
lo mismo cuando se venga
que cuando olvida y perdona,
queriendo hacer penitencia,
puesto que ha perdido ya
la mejor de sus riquezas,
te dice así: Salvador,
olvida cual yo y no vuelvas
al monte. Quedad aquí.
Mi casa será la vuestra;
y dando viejos rencores
al aire, como se aventan
para separar la paja
los montones de las eras,
vivamos todos en paz
y demos fin a esta guerra.

SAL. Gracias, Hipólito Recio.
Pero, pese a tal pobreza,
no puede vivir en paz
ni ser amo en casa ajena
quien tiene el mundo por suyo
y con la Justicia, cuentas.
No podemos estar juntos.
Tú aquí con tus bienes queda.
Yo a mi montaña me voy;

yo me vuelvo a mi pobreza.
Para ti se acabó el mundo
al dar tu hija a la tierra.
Hija mía era también
porque Dios quiso lo fuera,
y el corazón se me parte
cada vez que pienso en ella;
mas para mí, con su muerte,
la vida de nuevo empieza.
Rota ya toda atadura
que con el pasado hubiera,
un hijo que es todo mío,
carne y alma, verbo y fuerza,
viene al mundo a prolongar
el hilo de mi existencia.
No me pidas que este hijo,
todo amor, todo pureza,
nazca aquí, donde hasta el aire
es una losa de piedra.
(A Trampolín, que acaba de entrar silencioso y encorvado por el dolor y ha ido a esconderse en un rincón.)
Tú, mi pobre Trampolín,
puedes venir. No porque ella
falte del mundo, te falte
mi pan, mi choza y mi hoguera.

TRAM. Yo sólo quiero un favor
de quien hacérmelo pueda.
Y es que me dejen vivir
en el soto, cerca de ella.
Pido un rincón y un mendrugo
nada más. De esta manera
podré bajar fácilmente
todos los días a verla.
Perro viejo muere pronto
muerta el ama.

HIPO. Aquí te quedas.

AND. Y nada te ha de faltar.

JUSTA. Yo cuidaré que así sea.

SAL. Dios os lo pague.
(A Martín.)

Martín,
adiós. La yegua se inquieta
y hay un rato que subir
hasta el chozo.

PAULA. ¿Es que le dejas
aquí?
(Martinillo recobrándose al oirlo.)

MARTI. ¿Que me quedo aquí?
¡Oh, no!

SAL. ¿Por qué?

MARTI. Porque, secas
de tanto llorar mis lágrimas,
sólo una cosa me resta:
subir al chozo, y allí,
donde deslumbrado al verla
quedé la primera vez,
llorar por la vez postrera
y darme luego la muerte
para ir a unirme con ella.
(Salvador le acaricia paternalmente.)

SAL. ¡Pobre arbolillo, al que el aire
quiere arrancar de su cepa!
Tú no subirás conmigo
ni te morirás por ella.
Tú aquí te quedas, mas no
como Trampolín se queda;
que vivirás con Hipólito
para cuidar de su hacienda,
ya que, muerto Saturnino,
sin un mayoral no medra.
Harás las veces de un hijo,
cual si Fuensanta viviera;
que viudo de su cariño,
su viudo eres en conciencia.
Y como no has de vivir
en una viudez perpetua,
cuando calmes tus pesares
te casarás con Andrea.
De este modo, el señorío
de Hipólito Recio tenga
lo que hoy le falta: el amor

y el respeto de la aldea.
Y así las luchas de un jaque
y un bandido de la Sierra
habrán redimido a un pueblo
del oprobio y la pobreza.

PAULA. Obedece, Martinillo;
que por tu bien te aconseja.

MARTI. Igual me da todo; pero
puesto que ama Paula piensa
que es por mi bien, obedezco
y haré lo que se me ordena,
pues lo que ella manda es ley
que dicta la Providencia.
(Salvador y Martín se abrazan en silencio.)

SAL. Adiós, Hipólito.

HIPO. Adiós,
y que él de su mano os tenga.
(Vanse Salvador y Paula.)

JUSTA. Se marchan.

AND. No volverán.

MARTI. ¡Triste la casa se queda!
¡Por la tarde, la Fuensanta!
¡Ahora, ellos! ¡Todos me dejan!

HIPO. Hagan corro junto a mí.
Vamos a rezar por ella.
(Coge un rosario y se sienta. Los demás lo hacen a su alrededor. Martinillo permanece inmóvil, aparte, llorando.)

AND. *(A Martín.)*
Tú, Martín, ponte a mi lado;
deja de llorar y reza.
(Martín se sienta también. Y en el mismo instante se oye la voz de Salvador, que en la puerta dice, como un recuerdo del primer acto, los versos que siguen y que a intervalos interrumpe el rezo de los villanos.)

SAL. Acércate bien a mí,
que antes que parta la yegua
quiero decir un pregón
que es de paz y no de guerra.
Allá arriba, en la montaña,

entre pinos y roquedas,
Salvador tiene una choza,
un jaco y una escopeta.
Si alguno le necesita
para que en su ayuda venga,
que suba a buscarle allí
o le avise con cualquiera;
porque para dar su sangre
en socorro de la ajena,
no hay quien tenga el corazón
ni quien la braveza tenga
que Salvador Peñalara,
¡el Bandido de la Sierra!

TELÓN RAPIDÍSIMO

EL TEATRO

OBRAS PUBLICADAS

1 *Lecciones de buen amor*, por Jacinto Benavente.
2 *Cobardías*, por Manuel Linares Rivas.
3 *La señorita está loca*, por Felipe Sassone.
4 *Encarna, la Misterio*, por F. Luque y E. Calón.
5 *La pluma verde*, por Pedro Muñoz Seca y P. Pérez Fernández.
6 *Madrigal*, por Gregorio Martínez Sierra.
7 *Un marido ideal*, por Oscar Wilde.—Traducción de Ricardo Baeza.
8 *¡Qué hombre tan impéticol*, por Arniches, Paso y Estremera.
9 *Febrerillo el loco*, por S. y J. Alvarez Quintero.
10 *Las canas de don Juan*, por J. I. Luca de Tena.
11 *La garra*, por Manuel Linares Rivas.
12 *La noche clara*, por A. Hernández Catá.
13 *La virtud sospechosa* (extraordinario), por Jacinto Benavente.
14 *Vidas rectas*, por Marcelino Domingo.
15 *El ardid*, por Pedro Muñoz Seca.
16 *La nave sin timón*, por Luis Fernández Ardavín.
17 *El marido de la estrella*, por Manuel Linares Rivas.
18 *La dama salvaje*, por Enrique Suárez de Deza.
19 *Los cómicos de la legua*, por Federico Oliver.
20 *Volver a vivir*, por Felipe Sassone.
21 *Madame Butterfly*, por V. Gabirondo y E. Sáderiz.
22 *Colonia de lilas*, por J. Fernández del Villar.
23 *La locura de don Juan*, por Carlos Arniches.
24 *La otra honra*, por Jacinto Benavente.
25 *Fantasmas*, por Manuel Linares Rivas.
26 *Rosa de Madrid*, por J. Fernández Ardavín.
27 *Para hacerse amar locamente*, por G. Martínez Sierra.
28 *El conflicto de Mercedes*, por Pedro Muñoz Seca.
29 *La prisa*, por S. y J. Alvarez Quintero.
30 *La hija de Iorio*, por Gabriel D'Annunzio.
31 *La Galena*, por Pilar Millán Astray.
32 *La Malquerida*, por Jacinto Benavente.
33 *La española que fué más que reina*, por E. Contreras y Camargo y L. López de Sá.
34 *A campo traviesa*, por Felipe Sassone.
35 *Vida y dulzura*, por Santiago Rusiñol y G. Martínez Sierra.
36 *Las lágrimas de la Trini*, por Carlos Arniches y Joaquín Abati.
37 *Como buitres*, por Manuel Linares Rivas.
38 *La Prudencia*, por J. Fernández del Villar.
39 *El pan de cada día* por Marcelino Domingo.
40 *Madame Pepita*, por G. Martínez Sierra.
41 *Don Juan, buena persona*, por S. y J. Alvarez Quintero.
42 *El pueblo dormido*, por Federico Oliver.

LEA USTED

EL TEATRO

=MODERNO=

QUE PUBLICA INTEGRAMENTE

LAS OBRAS DE GRAN ÉXITO
DE LOS MEJORES AUTORES

LUJOSA EDICION

50 CENTIMOS

Imp. Sáez Hermanos,
Norte, 21. — Madrid